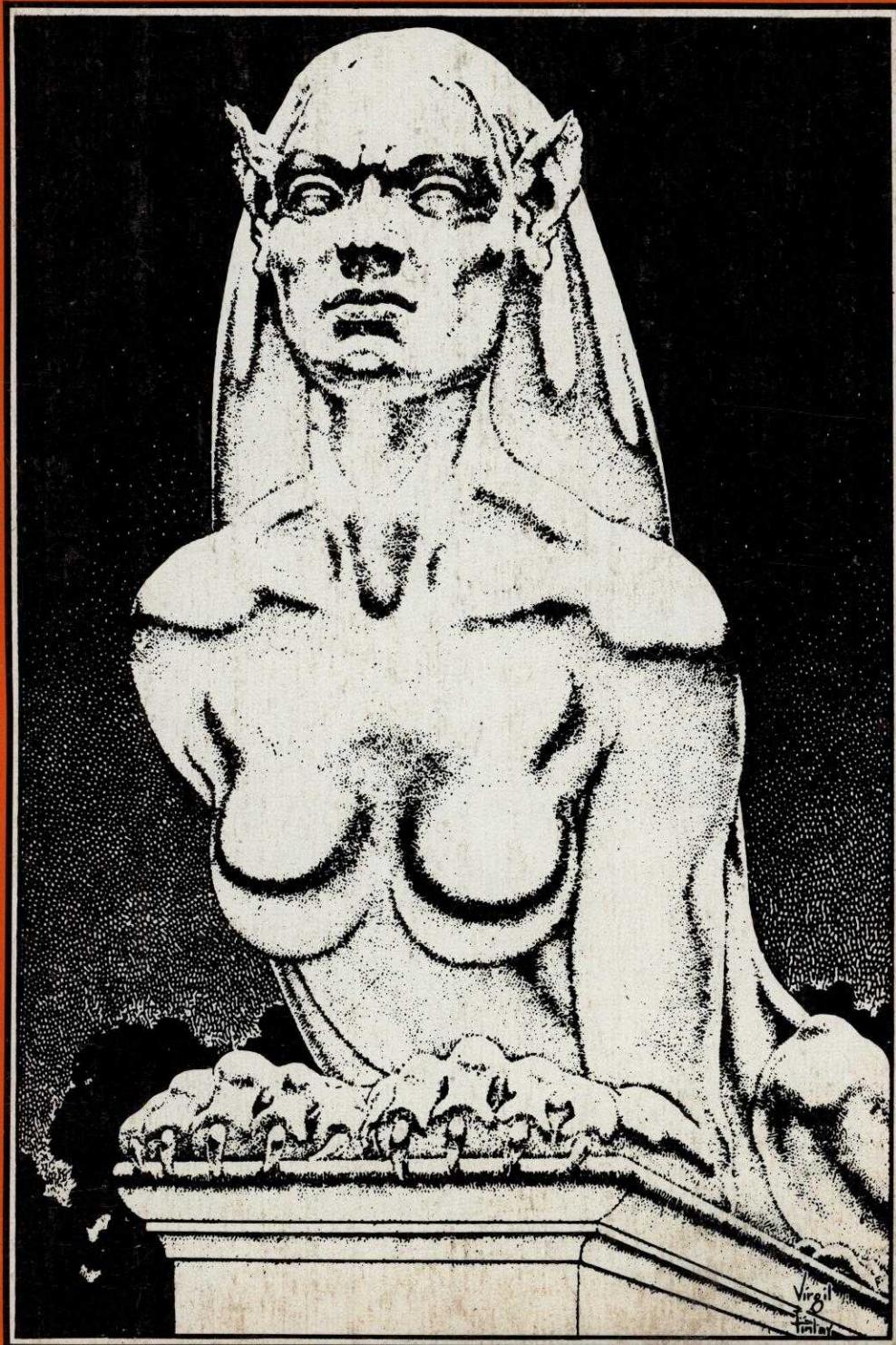


NORTE

CUARTA EPOCA — REVISTA HISPANO-AMERICANA — NUM. 289



Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A.C. / Lago Ginebra No. 47-C, México 17, D.F. / Teléfono: 541-15-46 / Registrada como correspondencia de 2a. clase en la Administración de Correos No. 1 de México, D.F., el día 14 de junio de 1963. / Derechos de autor registrados. / F.A.H., A.C.: Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial. / Director Fundador: Alfonso Camín Meana. Tercera y cuarta época: Fredo Arias de la Canal.

Impresa y encuadrernada en los talleres de Impresos Reforma, S.A. Dr. Andrade No. 42, Tels. 578-81-85 y 578-67-48, México 7, D.F. Diseño: Alberto T. Cañon

El frente de Afirmación Hispanista, A. C., envía gratuitamente esta publicación a sus asociados, patrocinadores, simpatizantes y colaboradores; igualmente, a los diversos organismos culturales privados y gubernamentales de todo el mundo.

NORTE

NORTE, revista hispano-americana. Número 289, mayo-junio, 1979

SUMARIO

EL MAMIFERO HIPOCRITA IX
ENSAYO

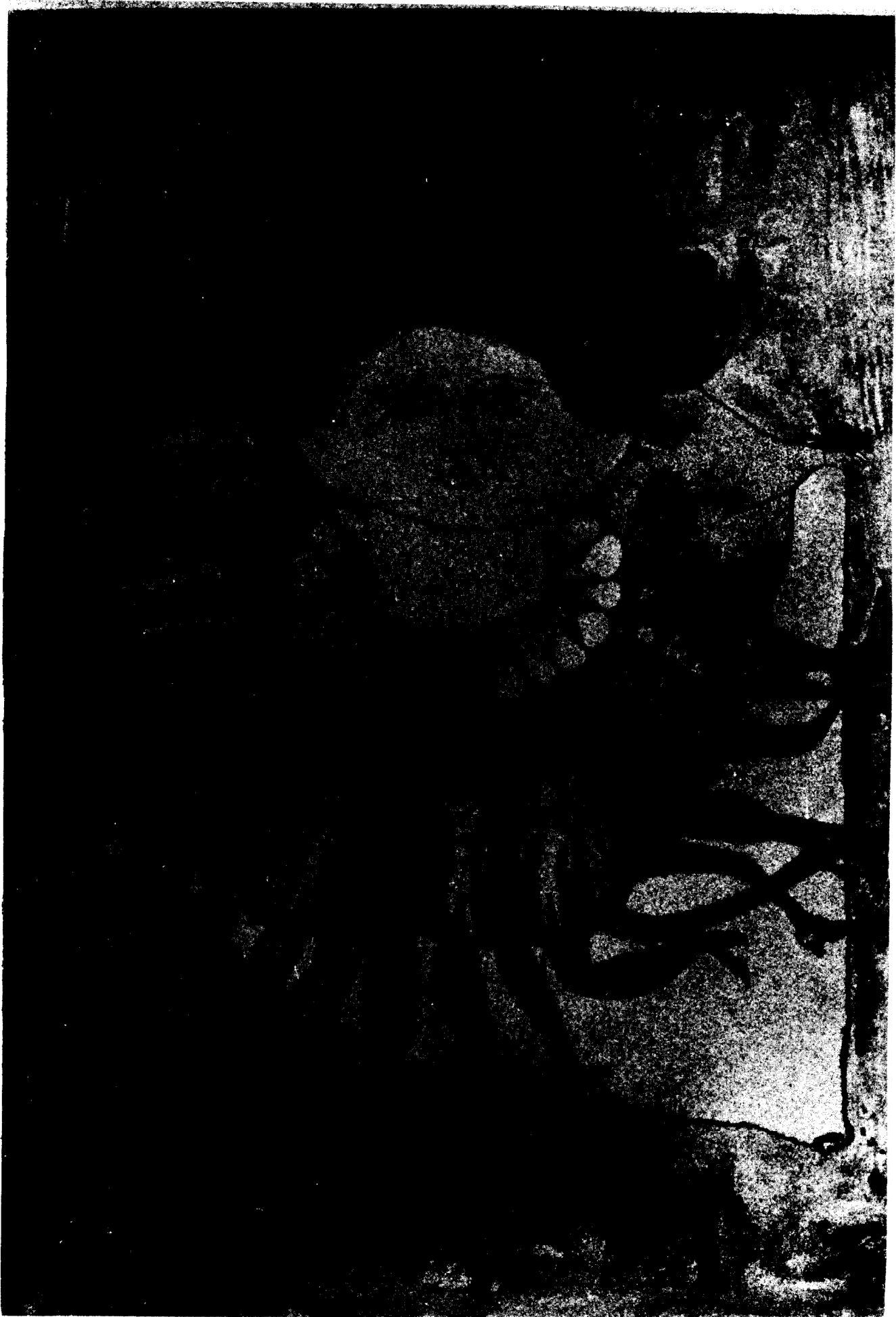
EL SIMBOLO DEL AZUL
SEGUNDA PARTE
Fredo Arias de la Canal

26

CARTAS DE SOLARIDAD DE LA COMUNIDAD
HISPANO AMERICANA

38

PORADA: DE H. G. WELLS CONTRAPORTADA DE ALEX SCHOMBURG



4/NORTE

EL mamífero hipócrita IX

ENSAYO

EL SIMBOLO DEL AZUL

SEGUNDA PARTE

Fredo Arias de la Canal

Celebro que mis escépticos y, en ocasiones, abertos lectores se hayan paseado conmigo por el mundo azul del inconsciente, donde melodías azules nos han deleitado el oído, perfumes azules el olfato, iridiscencias azules y amarillas la vista, vientos azulinos el tacto y viandas azuladas el gusto. Así también me felicito de que mis nobles compañeros de viaje hayan podido identificarse tanto con la azul melancolía, tan hermanada a la nostalgia y al abandono, como con las adaptaciones tanáticas azules de mis poetas, los que han plasmado en letras de molde lo que a más de un soñador le ha arrebatado el olvido.

¡Qué hubiera dado el buen Carlos Gustavo Jung, por haberse unido a nuestro extraño viaje! En su libro **El hombre y sus símbolos**, señaló:

“El estudio del simbolismo individual como del colectivo, es una tarea enorme que todavía no ha sido domeñada, pero que por lo menos se ha empezado (...) Yo me he pasado más de medio siglo investigando símbolos naturales y he llegado a la conclusión que los sueños y sus símbolos no son estúpidos e irrazonables (...) Parece increíble que aunque recibimos señales todas las noches, descifrar estas comunicaciones parezca aburrido para todos menos para un puñado de gente que se preocupa del asunto (...) Mientras que los complejos personales nunca producen más que minucias, los arquetipos crean mitos, religiones y filosofías que influyen y caracterizan a naciones y épocas históricas (...) Lo que yo llamo imágenes simbólicas o arquetipos no tienen origen conocido (...) Estos elementos son los que Freud llamó “recuerdos arcaicos”, que son formas mentales que no pueden ser explicadas por nada en relación a la vida del propio individuo y que parecen ser formas aborigenes, innatas y heredadas de la mente humana. (...) Los símbolos no ocurren sólo en sueños, sino que aparecen en toda clase de manifestaciones psíquicas (...) Hasta ahora, nadie puede decir nada en contra de la teoría de Freud sobre represión y satisfacción del deseo como aparentes causas del simbolismo onírico”.

Jung, ante el fracaso de sus intentos declaró:

“Es imposible dar una interpretación arbitraria (universal) de cualquier arquetipo. (...) La intuición es casi indispensable en la interpretación de los símbolos. (...) Hasta el hombre de ciencia es un ser humano, por lo que es natural, como para

otros, que odie las cosas que no puede explicar. (...) Un entendimiento de los mitos y símbolos es de esencial importancia. (...) Ningún símbolo onírico puede ser separado del individuo que lo sueña, y no existe definitiva o contundente interpretación de ningún sueño. Cada individuo varía tanto en la manera en que su inconsciente complementa o compensa su consciente que es imposible estar seguro si los sueños y sus símbolos puedan ser clasificados”.

Azorados ante tan premonitorias palabras, prosigamos con nuestra clasificación de símbolos:

Manuel Pacheco, de su libro **El cine y otros poemas. La gallina. Las gotas de poesía de Mac Laren**:

El Gallinero está muy sucio.

Vuela lejos del fango y pon huevos de Alba
en los oscuros gallineros de la Tierra.

Los AZULES MOLINOS de la noche muelen harina
de astros
y el hueco cacareo del corral se convierte en violín.
¿Qué ARCANGEL-NIÑO te cogió en los brazos?

Montada la Gallina en góndola de plata
flota en la azul venecia del espacio.

Los payasos:

El payaso es rebelde a la estructura.
Revolución de risa y alegría.
Que mueran las hormigas
y vivan las cigarras.
Los payasos habitan en PLANETAS AZULES
donde canta desnuda la PALABRA.

La poesía:

Tienes de vuelo el pulso y eres mar en insomnio
y has sembrado las luces de los astros ocultos
como quien toma un pétalo de fiebre
y lo deja en el alma.
Y pusiste los labios en las hojas del Libro
y arrancaste la flor del jardín alambrado
decretando la muerte de turbios ruiseñores.
Has comprendido el ansia de la Estrella
que desciende a los sótanos del Hombre.
Y eres como un botón en el ojal de la aurora
como los cabellos descritos por un libro

que no aparece nunca en los estantes
como el ala de un cuento para mirar la luz de una
cigüeña.

Tu Espectro flota en los aljibes del alba
y me abres horizontes para que pueda caminar
por los pasillos del crepúsculo.

Y yo te nombro Tierra
te nombro Amor o Tierra y eres gota de yerba
en las pupilas de una adolescente.
Te nombro como a un río y eres nube de blanca
madrugada
llenando de rocío las piedras de las calles.
Te nombro LUNA AZUL y eres ventana abierta a
la voz del Ensueño.

Y ya perdido y sólo te canto entre la niebla
y pido que me claves una estrella en la frente
y escribas en la fiebre de mi nombre la palabra:
AUSENCIA.

Sólo te pido un sueño alucinado
para arrojar mi cuerpo
en los MARES AZULES DEL INSOMNIO.

Poemas desde la casa nueva:

Yo, en el aire.
Abajo está el jazmín de las muchachas
que pasean la tarde en el ritmo auroral de sus
caderas.
La primavera viene por el valle con sus muslos
calientes
y su cintura de ala de magnolia
y las muchachas llevan en los pechos
el VIENTO AZUL de los rosales.

Las manos se convierten en locos ruiñones
para picar las Viñas de la Carne.

Desciende copo a copo la pluma de la luz
y hay un vuelo de trinos en la tiza del aire.
Los pájaros se posan en las ramas del sueño.
¿Dónde cantan los pájaros
que cantan?
Los pájaros gotean mañanas como pétalos
y están cantando encima de los TRONCOS
AZULES

que avivan las hogueras del Estío.
Cantan en el silencio
de los ríos del alba.

El poeta y el otro:

En una larga caña un muchacho llevaba de bandera
una serpiente de agua.
Un hombre arranca olivos
y una nube gris cubre el árbol del sol
y baja el invierno con su golpe de maza para romper
la nuca de los pobres.

Huele a salas de fiestas lejanas
huele a "feliz" como una campanada de ceniza en
los ojos de un ciego.
huele a obrero español en Alemania
a pieles de suburbios
y a canciones de lata.

La tradición es una caja llena de polvo oscuro de
carcomas pegadas.
los agujeros suenan a reliquias
tienen SALIVA AZUL de estampas
árbol de navidad de millonario
sonidos de campanas.

Suena un tractor tosiendo debajo del veneno del
crepúsculo.
Por el monte de pinos
baja lenta la escarcha.

Picasso en forma de Picasso:

Tu lápiz dibujaba las manos del Otoño
y con hilos de tela de araña
tus pinceles nacían gaviotas
posadas en la Isla de los Sueños.
Tu pluma contaba el tiempo limitado que le
quedaban a los jardines
a las palomas y a los niños que jugaban con
caballitos de saliva
y los hombres buscaban en las habitaciones de tu
frente
la fórmula mágica del Amor Universal.

Con el AZUL DE LA PUPILA de una niña ciega
imitaste la luz de las cigüeñas.



Y ya ni el grito de tus colores
ni las líneas
ni los ojos ni los **ojos** de los gatos
ni el jardín tropical de tus alucinaciones
se liberarían del **VENENO AZUL**
que **bebén** los poetas
que se comieron las semillas
de todas las postales de la Tierra.

Y así pintaste **AZUL**
la **LUZ AZUL** de todas las ciudades.

Y el grito de las telas se heló
y el color se convirtió en madera
para jugar a muerta arquitectura
y las **piedras** de los volúmenes
hundieron sus pinceles
en las yertas imágenes del **CUBO**.

El Hechicero cubrió su cara
con la **CARETA AZUL** del estropajo.

La yegua blanca:

Cae lenta
sobre la **yegua blanca**
la nube negra.

En las entrañas de la cueva,
en el hueco del humo,
en las **QUIJADAS AZULES** de la piedra,
cae
lenta
lenta
lenta
sobre la yegua blanca la nube negra.

La sangre es como un hilo de lágrima de estrella,
la sangre es una mano flotando entre la niebla,
la sangre es un ejército de manos que cercan a la
yegua.

La **piedra negra**,
la piedra seca,
el polvo de **serpiente de la piedra** ha golpeado al
niño indio.

Muerte en forma de manos cercan la luz del alba.
El niño es una piel de **pájaro quemado**,

la madre es un quejido y el hechicero tiembla y la
luna se parte
como el **cristal** de un río:

Sangre de mano oculta huye hacia la tiniebla deja
la **yegua blanca**
corre hacia la **culebra** y que la vida salte por las
venas del niño.

Por el monte galopa
la **yegua blanca**
con una **estrella**.

Sumac Nusta:

LUMBRE AZUL en el cielo,
cuero en la Tierra,
cruz de arena en la boca del agua,
tierra seca.

La monja de la noche sisea sobre el muro de la
iglesia
y la luna levanta su cara de payaso comido por la
lepra.
Salta el **sapo** su esponja de yerba y el indio lo clava
en la **flecha**,
y el indio le habla, le escupe, le reza:

—Pide la lluvia, **sapo**,
que tu barriga reviente hacia la **estrella**
y empape los ramajes de las nubes
donde el agua está presa.

Muere el sapo y la lluvia no llega,
muere el sapo y la tierra se quema y el indio reza
reza reza:

—Sumac— Nusta Princesa de la Lluvia.
Gacela de aire frío.

Cintura de relámpago,
amiga del rocío y de la niebla.
Rompe tu cántara de agua fresca.

Rompe tu cántara
rompe tu cántara
rompe tu cántara sobre la tierra.
Y el Sury —**pájaro** de la lluvia— golpea los
tambores del agua
y el indio le grita: Sury Sury SURYYYYYYY.

Golpeando los montes
suena el tam tam de la tormenta.
Lumbre negra en el cielo.
Agua en la Tierra.

Los incendios azules;

Nunca pedí a la vida ni una **gota** de polvo
y por tener el alma cerrada como un puño
la **ORTIGA AZUL** de la poesía
depósito en mi frente
una llaga de **luz**
y en los muros de mi infancia
escribí soledad
y en los muros de mi juventud
escribí soledad
y en los ladrillos sucios de mis muros de hombre
vuelvo a escribir palabras de cenizas.

Desde el alba a la noche
el alambre del sueño
perfora mis pupilas.

Julio Herrera y Reissig (1875-1910), uruguayo,
en **Neurastenia**:

Huraño el bosque muge su rezongo
y los ecos, llevando algún reproche,
hacen rodar su carrasqueño coche
y hablan la lengua de un extraño Congo.

Con la expresión estúpida de un **hongo**,
clavado en la ignorancia de la noche,
muere la Luna. El humo hace un fantoche
de pies de sátiro y sombrero oblongo.

¡Híncale! Voy a celebrar la misa.
Bajo la **AZUL GENUFLEXION** de Urano
adoraré cual hostia tu camisa:

“¡Oh, tus botas, los guantes, el corpiño...!”
Tu **seno** expresará sobre mi mano
la metempsícosis de un **astro** niño.

En Wagnerianas (fragmento):

¡Oh!, llévame con tus ansias; en las nevadas
uvas de tus senos
fermenta el vino sublime de los **PLACERES**

AZULES.

Quiero libar en tu boca la satánica **miel de los venenos**;
con el haschisch de tus besos me hará ver mil Estambules.

En Tertulia lunática:

En el Edén de la inquieta
ciencia del Bien y del Mal,
mordí en tu beso el fatal
manzano de carne inquieta...
Tu **CABELLERA VIOLETA**
denuncia su fronda inerte,
mi brazo es el **dragón** fuerte
y los frutos delictuosos
tus inauditos y briosos
senos que me dan la muerte!

Porfirio Barba-Jacob (1883-1942), en **La dama de los cabellos ardientes**:

¡Todo por mí! Por la virtud secreta
que mis óleos balsámicos infunden,
rozando apenas la materia obscura
y que sobre las sienes del poeta
el verde claro del laurel augura.
¡Todo por mí! La ardiente cabellera
flota en los manantiales de la vida,
y por mí, como un bosque en su pradera,
la **Muerte está de niños frutecida**.

Silbaban sus palabras como víboras
de fuego, llameantes, arrecidas,
y las sutiles lenguas de las víboras
destilaban dulzores homicidas.
¡Cómo me conmoví! Sobre las hierbas
sudor de **sangre**
marcó las huellas.

Mas la Dama me ahondó tan blandamente
por el muelle jardín de su **regazo**,
tan íntima en la sombra refulgente
me ciñó de las **sierpes de su abrazo**,
que me adormí, dolido y sonriente.
Me envolvió en sus cabellos
ondeantes y rojos,
y está el deleite en ellos,
entornados los ojos.



Colinas del pudor, de suaves NIEBLAS
AZULINAS;
río del arte, de ondas peregrinas,
sepulto en las montañas diamantinas;
mar del saber, mar triste, mar acerbo...
¡Todo lo ví! — Laurel, ternura, calma,
todo pudo ser mío. ¡Y la inefable gloria,
el silencioso gusto
del esfuerzo fallido en la victoria!
Mas la Dama me ahondó tan blandamente
por el muelle jardín de su regazo,
tan íntima en la sombra refulgente
me cinó de las sierpes de su abrazo,
que me adormí, dolido y sonriente.
Me envolvió en sus cabellos,
ondeantes y rojos,
y está la Muerte en ellos,
insondables los ojos.

César Vallejo (1892-1938), peruano, en su libro
Los heraldos negros:
Bajo los álamos:

Cual hieráticos bardos prisioneros,
los álamos de sangre se han dormido.
Rumian arias de yerba al sol caído,
las greyes de Belén en los oteros.

El anciano pastor, a los postreros
martirios de la luz, estremecidos,
en sus pascuales ojos ha cogido
una casta manada de luceros.

Labrado en orfandad baja el instante
con rumores de entierro, al campo orante
y se otoñan de sombra las esquilas.

Supervive el AZUL urdido en hierro,
y en él, amortajadas las pupilas,
traza su aullido pastoral un perro.

Aldeana:

Lejana vibración de esquilas mustias
en el aire derrama
la fragancia rural de sus angustias.
En el patio silente
sangra su despedida el sol poniente.
El ámbar otoñal del panorama

toma un frío matiz de gris doliente!

Al portón de la casa
que el tiempo con sus garras torna ojosa,
asoma silenciosa
y al establo cercano luego pasa,
la silueta calmosa
de un buey color de oro,
que añora con sus bíblicas pupilas,
oyendo la oración de las esquilas,
su edad viril de toro!

Al muro de la huerta,
aleteando la pena de su canto,
salta un gallo gentil, y, en triste alerta,
cual dos gotas de llanto,
tiemblan sus ojos en la tarde muerta!
Lánguido se desgarra
en la vetusta aldea
el dulce yaraví de una guitarra,
en cuya eternidad de hondo quebranto
la triste voz de un indio dondonea,
como un viejo esquilón de camposanto.

De codos yo en el muro,
cuando triunfa en el alma el tinte oscuro
y el viento reza en los ramajes. Yertos
llantos de quenas, tímidos, inciertos,
suspiro una congoja,
al ver que en la penumbra gualda y roja
llora un TRÁGICO AZUL de idilios muertos!

Miguel Hernández (1910-1942), el poeta de Orihuela, en su libro **Otros poemas:**
Oda entre arena y piedra (A Vicente Aleixandre).

Tu padre el mar te condenó a la tierra
dándote un asesino manotazo
que hizo llorar a los corales sangre.

Las afectuosas arenas de pana torturada,
siempre con sed y siempre silenciosas,
recibieron tu cuerpo con la herencia
de otro mar borrascoso dentro del corazón,
al mismo tiempo que una flor de conchas
deshojada de párpados y arrugada de siglos
que hasta el nácar se arruga con el tiempo.

Lo primero que hiciste fue llorar en la costa,

donde soplando el agua hasta volverla iris
polvoriento
tu padre se quedó despedazando su colérico amor
entre desesperados pataleos.

Abrupto amor del mar, que abruptas penas
provocó con su acción huracanada.
¿Dónde ir con tu sangre de mar exasperado,
con tu acento de mar y tu revuelta lengua
clamorosa
de mar cuya ternura no comprenden las piedras?
¿Dónde...? Y fuiste a la tierra.

...Y las vacas sonaron su caracol abundante
pariendo con los cuernos clavados en los
estercoleros.

Las colinas, los pechos femeninos
y algunos corazones solitarios
se hicieron emisarios de las islas.
La sandía, tronando de alegría,
se abrió en múltiples cráteres
de abotonado hielo ensangrentado.
Y los melones, mezcla
de arrope asible y nieve atemperada,
a dulces cabezadas se toparon.

Pero aquí, en este mundo que se resuelve en hoyos,
donde la sangre ha de contarse por parejas,
las pupilas por cuatro y el deseo por millares,
¿qué puede hacer su sangre,
el castigo mayor que tu padre te impuso,
qué puede hacer tu corazón, engendro
de una ola y un sol tumultuosos?
Tiznarte y más tiznarte con las cejas
y las miradas negras de las demás criaturas,
llevarte de huracán en huracanes
mordiéndote los codos de cólera amorosa.
Labranzas, siembras, podas
y las otras fatigas de la tierra;
serpientes que preparan una piel anual,
nardos que dan las gracias oliendo a quien los cuida,
selvas con animales de rizado marfil
que anudan su deseo por varios días,
tan diferentemente de los chivos
cuyo amor es ejemplo de relámpagos,
toros de corazón tan dilatado
que pueden refugiar un picador desperezándose,
piedras, Vicente, piedras, hasta rebeldes piedras
que sólo el sol de agosto logra hacer corazones,
hasta inhumanas piedras

te llevan al olvido de tu nación: la espuma.
Pero la cicatriz más dura y vieja
reverdece en herida al menor golpe.
La sal, ardiente sal que presa en el salero
hace memoria de su vida de pájaro y columpio,
llegando a casi LIQUIDA Y AZUL en los días más
húmedos;
sólo la sal, la siempre constelada,
te acuerdas que naciste en un lecho de algas,
marinero,
¡oh tú el más combatido por la tierra,
oh tú el más rodeado de erizados rastrojos!
cuando toca tu lengua su astral polen.

Te recorre el océano los huesos
relampagueando perdurablemente,
tu corazón se enjoja con peces y naufragios,
y con coral, retrato del esqueleto de tu corazón,
y el agua en plenilunio con alma de tronada
te sube por la sangre a la cabeza como un vino
con alas
y desemboca, ya serena, por tus ojos.

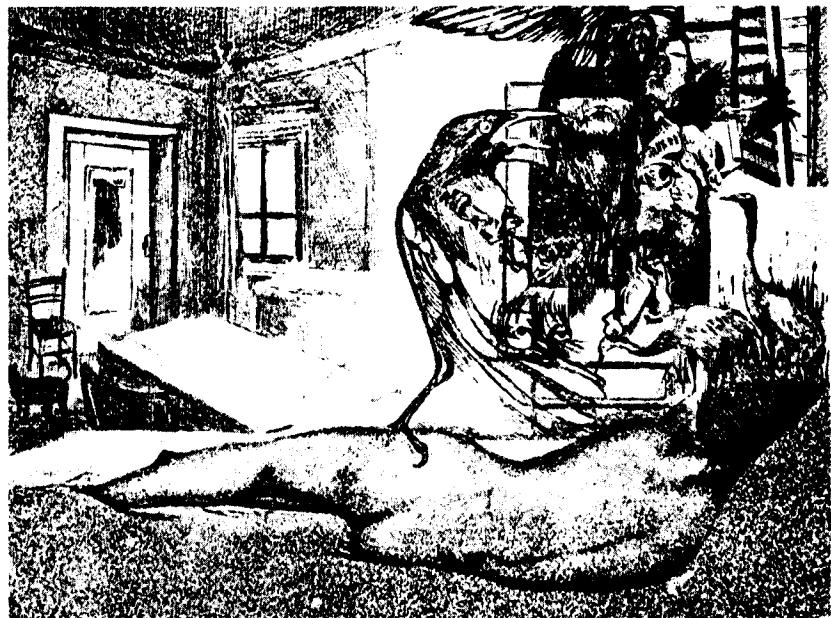
Tu padre el mar te busca arrepentido
de haberte desterrado de su flotante corazón
crispado,
el más hermoso imperio de la luna,
cada vez más amargo.

Un día ha de venir detrás de cualquier río
de esos que lo combaten insuficientemente,
arrebatando huevos a las águilas
y azúcar al panal que volverá salobre,
a destilar desde tu boca atrabilada
hasta tu pecho, ciudad de las estrellas.
Y al fin serás objeto de esa espuma
que tanto te lastima idolatraria.

De su libro Viento del pueblo:
Elegía primera a Federico García Lorca:

Atraviesa la muerte con herrumbrosas lanzas,
y en traje de cañón, las parameras
donde cultiva el hombre raíces y esperanzas,
y llueve sal, y esparce calaveras.

Verdura de las eras,
¿qué tiempo prevalece la alegría?
El sol pudre la sangre, la cubre de asechanzas
y hace brotar la sombra más sombría.



El dolor y su manto
vienen una vez más a nuestro encuentro.
Y una vez más el callejón del llanto
lluviosamente entro.

Siempre me veo dentro
de esta sombra de acíbar revocada,
amasada con ojos y bordones,
que un candil de agonía tiene puesto a la entrada
y un rabioso collar de corazones.

Llorar dentro de un pozo,
en la misma raíz desconsolada
del agua, del sollozo,
del corazón quisiera;
donde no me viera la voz ni la mirada,
ni restos de mis lágrimas me viera.

Entro despacio, se me cae la frente
despacio, el corazón se me desgarra
despacio, y despaciosa y negramente
vuelvo a llorar al pie de una guitarra.

Entre todos los muertos de elegía,
sin olvidar el eco de ninguno,
por haber resonado más en el alma mía,
la mano de mi llanto escoge uno.

Federico García
hasta ayer se llamó: polvo se llama.
Ayer tuvo un espacio bajo el día
que hoy el hoyo le da bajo la grama.

¡Tanto fue! ¡Tanto fuiste y ya no eres!
Tu agitada alegría,
que agitaba columnas y alfileres,
de tus dientes arrancas y sacudes,
y ya te pones triste, y sólo quieres
ya el paraíso de los ataúdes.

Vestido de esqueleto,
durmiéndote de plomo
de indiferencia armado y de respeto,
te veo entre tus cejas si me asomo.

Se ha llevado tu vida de palomo,
que ceñía de espuma
y de arrullos el cielo y las ventanas,
como un raudal de pluma

el viento que se lleva las semanas.

Primo de las manzanas,
no podrá con tu savia la carcoma,
no podrá con tu muerte la lengua del gusano,
y para dar salud fiera a su poma
elegirá tus huesos el manzano.

Cegado el manantial de tu saliva,
hijo de la paloma,
nieta del ruiseñor y de la oliva:
serás, mientras la tierra vaya y vuelva,
esposo siempre de la siempreviva,
estiércol padre de la madreselva.

¡Qué sencilla es la muerte: qué sencilla,
pero qué injustamente arrebatada!
No sabe andar despacio, y acuchilla
cuando menos se espera su turbia cuchillada.

Tú, el más firme edificio, destruido,
tú, el gavilán más alto, desplomado,
tú, el más grande rugido,
callado, y más callado, y más callado.

Caiga tu alegre sangre de granado,
como un derrumbamiento de martillos feroces,
sobre quien te detuvo mortalmente.
Salivazos y hoces
caigan sobre la mancha de tu frente.

Muere un poeta y la creación se siente
herida y moribunda en las entrañas.
Un cósmico temblor de escalofríos
mueve temiblemente las montañas,
un resplandor de muerte la matriz de los ríos.

Oigo pueblos de ayes y valles de lamentos,
veo un bosque de ojos nunca enjutos,
avenidas de lágrimas y mantos:
y en torbellino de hojas y de vientos,
lutos tras otros lutos y otros lutos,
llantos tras otros llantos y otros llantos.

No aventarán, no arrastrarán tus huesos,
volcán de arrope, trueno de panales,
poeta entretejido, dulce, amargo,
que al calor de los besos
sentiste, entre dos largas hileras de puñales,

largo amor, muerte larga, fuego largo.

Por hacer a tu muerte compañía,
vienen poblando todos los rincones
del cielo y de la tierra bandadas de armonía,
relámpagos de AZULES VIBRACIONES.
Crótalos granizados a montones,
batallones de flautas, panderos y gitanos,
ráfagas de abejorros y violines,
tormentas de guitarras y pianos,
irrupciones de trompas y clarines.
Pero el silencio puede más que tanto instrumento.

Silencioso, desierto, polvoriento
en la muerte desierta,
parece que tu lengua, que tu aliento
los ha cerrado el golpe de una puerta.

Como si paseara con tu sombra,
paseo con la mía
por una tierra que el silencio alfombra,
que el ciprés apetece más sombría.

Rodea mi garganta tu agonía
como un hierro de horca
y prueba una bebida funeraria.
Tú sabes, Federico García Lorca,
que soy de los que gozan una muerte diaria.

Odón Betanzos Palacios, español, en su libro
Hombre de luz: Joseluz:

Decidor, Joseluz de los remedios,
hombre del día, hombre completo.
Voz de largura, mente del ojo.
Medidor, paces cuadradas,
paces de los linderos.
Ojo cuadrado, pan de los buenos;
mente, mente de azúcar,
verbo, verlo queriendo.
ROSAS AZULES, panes reales,
rios madurados, aguas hirviendo.

El alba cero:

Pero aún es la noche. La muerte sigue en pie,
en espera, en espera del cero de su instante, el
último,
cuando el espesor se suba y la tierra se acabe.

Es la noche del cielo, es la noche de los aguentes.
La humanidad en sus caras, esperando el milagro,
ansiedad de los miedos, roturas de los instantes.
Es la hora última, final, espera en los sonidos,
oscuridad de los metales.

Noche total, infinita, de larguras de siglos, de
relojes,
de muerte encima, en la frente,
en los ojos, en las ideas.
MUERTE AZUL, ceniciente, estropeada.
Muerte hecha noche, grabada en cada humano,
en cada pared y en cada cielo.
Noche total de muerte asegurada.
Un hilo tan sólo. Un hilo pequeño, de espera,
por si viniera, por si llega, por si el alba se consigue,
por si nace, por si el horizonte aguanta muerte
encima,
vida en la distancia.

Sensación de aliento:

A donde voy, hombre del alma,
a donde vas y a donde andas.
Quiebra tu voz de **ESPANTOS AZULADOS**,
levanta tu nombre, idea, levanta y levanta.
Arriba los algarrobos, las paces y las granadas.

¿Cómo será la aurora?
De sol documentado.
¿Cómo será la pena?
LA PENA SERA AZULADA.
¿Cómo se comportará el hombre?
El hombre será de cielo.
¿Cómo será la vida?
Manantial de las aguas.
Tierra limpia, voz gastada.
Aurora, aurorales, caminos de los misterios,
frentes de las granadas.

José Joaquín Silva, ecuatoriano, en su libro **Hombre infinito:**
Noviembre:

Evaporas el beso,
una suerte de muerte.
Tu salud el siniestro,
naciendo en tu cuerpo.

La Biblia es un deseo



de rodilla inerte.
Se doblega el silencio.
Bondad sin tiempo.

Quiso el miedo,
cobertor del hijo pequeño,
hacer una soledad.
Apareció un murciélagos.

Decid al PARPADO AZUL
que mate el cristal,
con su ruisenor,
que es divinidad.

El acaso es una suerte
de muerte.
Sobresalida verdad
la estatua yacente.

Perspectivas:

Otra página sagrada
de muerto pensamiento,
camino de cangrejos.
Un mar de silencio
tapa los huecos.

Vómito de NIEVE AZUL
el silencio,
guantes del aliento.
Escoria de volcán
el hombre deshabitado.

Una dulce niña parió
a su novio petrificado,
engaño de la buena suerte.
Le atravesaba la manzana
de su próximo desmayo.

Al mundo le advino
un rabo de mono,
atado a un cerebro.
Entonces el buen dios
celebró su enero.

Sanos sustentáculos de orar
en el vacío inmenso.
El hombre se agusanó
de insondables misterios,
el hombre deshabitado.

Los testigos:

En la esquina de uno mismo
aparecen imágenes incesantes,
el proyector hacia el astro más fácil.
A través de las AZULES ESPINAS
de las sirenas, algo se adivina.

Se calcula la finita sombra
detrás de un sol inédito.
La medida es el espacio,
máxima antena.
Después, al cosmos le sale un brazo.

Así nació el monstruo espacio,
llevando en su entraña al tiempo
para dar a luz misterios.
Lo eterno.

Si la vida viene de la cáscara astral,
aliento en el espacio indigerido,
ala rasante del animal perdido,
célula del primer sonido,
aquí estamos nosotros,
los Testigos.

Anécdota:

Cuando en un libro me esconde,
gozando página a página,
él lee conmigo,
orienta mi proceso
de entendimiento.

Me ha dado el AZUL
su oculto mirar,
me ha entregado
con generosidad
el paisaje y el viento.

¿Un día el muerto
morirá conmigo?
No lo creo.
El muerto es inmortal.
Lo tendré en mi cuerpo
sobre cogido de tierra,
en mi aliento ya ciego,
en mi tacto disperso.
Conmigo él vivirá,

fiel amigo,
para la eternidad,
en la fosa transparente.
Mezclado a mí,
el muerto.

Angel Manuel Arroyo, puertorriqueño, en su libro **Sinfonía en colores**:
Jeroglífico:

Sin péndulo una aguja y otra aguja
circunvalan la **esfera** que coordina
dimensiones de **AZUL EN LA AZULINA**
áñora de cristal de mi burbuja...

Longevidad que en tiempo se dibuja
con la extensión glacial decimesina,
que a diciembre remoza y lo festina
por la efímera farsa que le embruja...

Héme ahí de mi yo desconfiado
frente al giro continuo de la **esfera**
a compás con el tiempo circulando...
Así mi humanidad se desespera
porque huyo en ecuaciones desandando
los años que recorro a la ligera...

Iván Silén, puertorriqueño, en **Los poemas de Filí-Melé**:

Tienes cara de neglina, Filí-Melé,
porque la noche eres tú
cuando tu pelo llovisna por el viento
cuando eres el flamboyán de la ceniza,
y la **CASA AZUL**
donde te pones a soñar,
y la **mariposa** que abrió
las alas de tu cuerpo,
y esa ardilla que corre por tus manos,
y que sube hasta tu árbol
inquieta y asombrada de saberte;
de saberte **pájaro** del viento
y **gato** de la luna,

Antonio Castro y Castro, en su poema **Al San José de Rafael Spínola**:

La Virgen
es la ausencia, la lámina,

la **TRANSPARENCIA AZUL**,
el vidrio más cercano,
el aire hecho **cuchillos**,
hilillos de ternura,
la invisible mejilla,
cóncavo espacio de una voz
de pronombres, mirada
del universo, mar,
amarga claridad y olas de risas
e innumerables bordes.

Fernando Luis Chivite, español, en **ALGO AZUL**
(Río Arga No. 6):

Cuando llega el **AZUL CON SU LENGUA**
de océano,
de agua triste y muda, de **AZUL** humo sin llama,
los objetos se mueren sin dejar de llamarle
cayendo a mi mirada,
el aliento del día se despide cansado de su oficio de
abanicó,
la tinta con sus poros de **cristal** encendido
se derrama en calendarios, **gargantas, palomas, flores, mapas**.
Entonces el sonido de la vida
es un pulso de pasos **heridos** persiguiendo la
muerte infinita,
es el temblar de las cuerdas de un violín a punto de
quebrarse,
son las uñas del viento en la ventana suplicando
algo eterno.

Cuando nadie me busca, y ese **AZUL**,
y ese frío que llena mi boca de **lunas** heladas que
no puedo **tragar**,
y el sentir cómo cambia el olor de mis ropas
y el sentir que mis **párpados** son puños arrugados
sosteniendo el esfuerzo,
vuelve a mí ese silencio que quiere blasfemar y llora
de impotencia,
vuelve la rabia ardiendo a morderse a sí misma,
vuelve también la noche y todo está muy húmedo.

Es entonces cuando gusto saborear el aire,
acariciar lo mío con mis labios de espuma,
colgar la libertad en el perchero junto con el abrigo
y la bufanda,
y notar que he perdido los sentidos
al cerrar una puerta, al mirarme al **espejo**.



José Luis Hidalgo (1919-1949), español, en **Silencio**, de su libro **Los Muertos** (Manxa No. 7) :

Silencio sobre el mundo. Va espesando sus alas la grave mansedumbre del corazón que escucha. Pesa sobre los muertos, como un cielo caído, todo el latir del tiempo sobre la tierra única. Dios es sobre vosotros. **AZUL TIENE SU CARNE, AZUL SU VASTA SANGRE** inmensamente lúcida: **AZUL ES EL SILENCIO** del mundo que os sostiene contra el silencio negro que vuestra carne oculta. ¿Cantar?... , ¿cantar?... , Quién canta? ¿Acaso un mar de piedra pudo lanzar su voz sobre la tierra nunca? ¿Acaso de estos hombres tendidos, la voz triste podrá brotar jamás de su muerte absoluta? Hay almas, pero callan. Sobre los cuerpos vuelan, pasan celestemente con un roce sin música: pero el silencio existe: pesa sobre los muertos, sobre la tierra pesa, como una eterna luna.

Luis Carlon, español, publicó este poema en **Cuadernos leoneses de poesía**:

La piedra que huele a yodo de mar y a restralletes descansa en mi mano como el HUEVO AZUL de la gallina pez ¡Oh desconsolado Neptuno! ya no te divertirás más acercando la piedra al oído para escuchar el álamo azotado con furor por un viento feliz como el sastre que desviste sirenas que desnuda escamas y maletas para cortar trajes de corteza de espacio ¡Ay! mortecino jinete de los peces portador en belleza con tus barbas doradas que fría tristeza inunda tu rostro cuando piensas: ¡Qué plato es el mar! pues de los dedos escapóse un día enseñando a la noche un brazo de sardina arrojaste con furia la prenda más querida al verte desdeñado de la novia que brilla una coral sirena de destellos lejanos de sonrisa en la boca

la bella de piel fría tu corazón en sus lavadas manos de cirujano.

Julián Martín Abad, español, en su libro **Rito de tu imagen**: Acepción de personas:

PARAFRASIS AZUL de los certeros diosa zarpazos de mi sueño de abrazos fronterizos y encadenadas lunas profanaré diosa madre del viento hija del mar agazapado esposa tu mañana tu nombre tu presencia recién mujer cuando salomónicas sierpes de la alcoba que abres a mi oración sacrílega agoten su espiral sin renunciar palabras tú temblar no concedes en la sangre al borde ya un monumento ecuánime de bronce a las nubes amargas marcado por la sal la detenida rueda la dorada caída de las hojas vacías tornaré

Fugacidad:

las bóvedas desatas y los límites volvemos tú eres permanencia y tersa desnudez tus nubes y tus ritos

huidizo mar mi infancia que no fue fondo innominado la calle gris los buitres paredes tibias de nieve atrincherando pasos domingueros los rebaños dolientes de entreluces turbia historia de un pino tierna gesta

ni memoria ni puñal madrugador ni **AZUL RESIDUO** son fugaces campanas y enconadas tormentas ah recuerdo el rayo sanguinario el prolongado relincho

hemos ido hasta allí donde los pinos
ni un jirón ni una palabra había

Playa nocturna:

si rompiera tus brazos perdería los mares
tú eres templo mujer en última penumbra
y mis mudos exvotos son gritos de gaviotas
como un HOSANNA AZUL en tu llorar miniado
si anocrece si brillas como el oro lejano
en la orilla me tienes con los brazos despiertos
escribía de tus hombros y me arrojaron fuego
no sé qué dioses fatuos pero seguí diciendo
del bello nombre impuesto a toda cosa bella
el nombre del cristal sangriento y de la reja
si rompiera tus brazos perdería mi orilla

y tú diosa errarías
de flor en cardo
en ansia de frontera
mar sin playa sin luz sin pasarelas

Existencia:

repartido tu nombre por las ramas oscuras
mas ya oración y mármol
un sinfín de miradas creciéndote y naciéndote
como vaso o clavel el triunfo de tus olas
pues desnudas tu nombre
en la playa o mis manos difícil de tu cielo

fue color ese nombre
beso múltiple y máscara
ya existes como único almendro en este pentagrama
en esta red que avalo frente al AZUL CRECIDO

te ha recuperado tu propia transparencia
temblorosas recorren mis manos tus vocales

Azul roto:

otra atalaya es madre tu muerte minuciosa
hoy subo a denunciar
ese color abierto que se calló de golpe
ah ruinas de tus ojos
y ruinas impotentes de nuestras uñas crespas

ese color de artesanía
caprichosa
de Dios aquella tarde en donde dicen que hubo un
paraíso
dónde ya
ese océano posible que golpea y rebosa
los primeros cristales las primeras
sangrantes mariposas
y los lejanos nudos y las dudas
acres
ahora son huecas ánforas

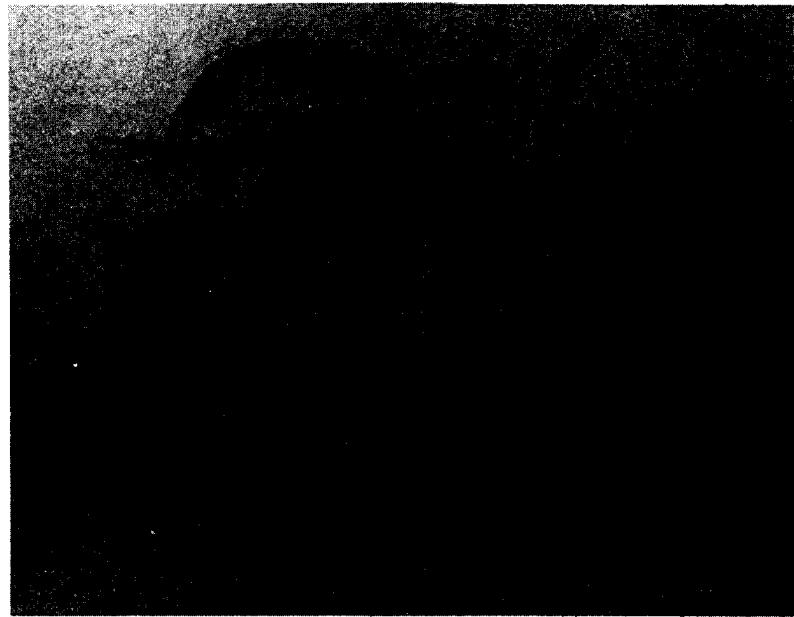
arrinconemos pues ese manojo inútil
apagaré palabras y **espejos** y canchales
colecciones ficticias tan empinadas antes

hoy subo hasta tu muerte
a preguntarte madre por los vencejos tristes
que mi cosecha anillan
por mis ídolos puros
a preguntarte madre por la muerte que llevas

han crecido los tordos
y recorro mis listas de palabras manchadas
como carbón u odio
como nieve y ciprés
y rota manecilla
pico torvo
y **AÑADO AZUL** y lloro desde siempre

Fermín Anzizar, español, publicó este poema en
Río Arga No. 3:

Pornografía: imagen de fuego y leño
en la chimenea con fuelle de turista de postre
y el AZUL DE LA LLAMA y la ternura,
que falta la ternura, Dios,
que falta la ternura, oh Dios,
que es cuestión de ojos y cintura y viento y
nieve
y todo eso, que no, que tú,
que el deseo me encasulla y me arroja en cera
y me arrincona en la grieta de la madera
y me arranca raíces enlodadas
en tu misa de doce
en tu paseo de tarde
en tu falda y en tu suéter de sorpresa y



agónica, exclusiva esperanza.

Calor: enemigo y distante, no querido,
como esa visita que molesta y que llegará,
cuando es cuestión de café caliente y humo de
cigarro
y coñac y lana y sensación de sitio cerrado,
para qué calor, para qué,
si ya no estará helada la anémona del frío,
si los narcisos se habrán eternizado,
si no podré excusar la fría desazón,
el enorme, inevitable abatimiento de las horas
encerradas...

Etcétera: hombre, hermano, amigo,
dulce mano de mi nada,
compañero de mi no deseo de compañía,
qué triste te espera esa esquina,
qué sombra se te avecina AZUL,
qué cuchillo te escocerá de sangre,
qué idiota eres, hombre, hermano, amigo,
por no sorber ahora, en este instante sin remedio,
ahora, todo, lo poco que se te ofrece,
y te abres la cabeza de una vez,
salvajemente, contra los muros de T.V.E. en color,
de neveras y coches y demás etcéteras,
y te quedas así de esqueleto,
así de aire,
así de perfumado,
así de HOMBRE.

Emilio Miró, español, publicó el poema **Vencedora corteza** dedicado a Carmen Conde, en Alaluz No. 1 año IX:

Aquí está la materia.
Sus brillantes colores, el fugaz
estallido de unos ojos.
La corteza de un árbol,
la corteza de un rostro,
roído por el tiempo y su furia
de lluvias y huranas,
que enmascara su sangre, el poderoso
palpitarse ya siempre enmudecido;
la corteza de un cuerpo
revestido de siglos, de millones
de cuerpos impelidos a los libres
espacios, desnudos bajo el cielo.
Bajo tierra sepultos, a tierra

reducidos,
genésica arcilla a la que vuelven todos
los vientos de la historia.

La mano, viva aún, acaricia, recorre
la inmensa superficie,
la sorba realidad.
Horas inmóviles frente a tanta mudez.

La mirada, todavía no ciega, aún abarcadora,
poseedora,
hace lento inventario,
minucioso balance de pájaros en vuelo,
de preguntas abiertas como frutos dorados,
de AZULES CEGADORES,
repétidos espejos,
y legiones de cuerpos caminando
en la noche.

¿Millones de millones, infinitas,
una sola, real o ilusoria mirada?

Ahora es ella el objeto,
la mirada mirada,
absorbida, asaltada desde todos los frentes,
invadida por todos sus resquicios,
sus vulnerables flancos,
las siniestras celadas de la piedad y la ternura,
los sagaces engaños del amor.

Ella también cubierta, recubierta.
Ojos que ya se velan.

Pétreo antifaz que en la carne se incrusta.
Caparazón creciendo, inundando
llamadas,
devastador de signos.

Seca la voz, sus aguas, el cálido
murmullo del deseo,
el agitado respirar
del buscador.

Devuelve la cosecha a sus raíces.
Vacío sin preguntas.
Ojos sajados.
Reliquida mineral.
Fósil.

Vencedora materia:

la corteza.

Narzeo Antino, andaluz, en su libro **El éxito y el reino**.

En las alas del eco:

Me conocieron por mi voz de bronce
Me alimentaron en mi sed de noches
Incendié mis cosechas por los días
Que el cuerpo se me hacía despedida
En las **alas** del eco mi palabra
Refrescaba las norias las estancias
Me despidieron con un llanto oscuro
Los heraldos artífices del mundo
Abrigado de viento más sin **pájaros**
La soledad me canta por los brazos
Me recordaron por el tiempo nuevo
De las nuevas auroras de los cuerpos
Y sembré los olvidos de venturas
Por las **AZULES COSTAS DE MI HONDURA**

Manuel Pinillos, aragonés, en su libro **Hasta aquí del Edén**:

La Batalla:
Ahí, cerca, del otro lado de la loma
—del otro lado del mundo—,
ahí, como una larga **sierpe**
de sangre y furia desenroscándose,
muy cerca,
con el corazón atravesado
de horizontes de plomo,
con el cielo envuelto en las explosiones,
con el soldado hecho un trapo que arremolina el
viento,
se encuentra La Batalla.

Altas olas de fuego atraviesan el llano,
frías manos de **piedra** alisan la tierra,
rojas flores de **muerte** crecen en el aire,
siglos de tristeza vuelan por los caminos,
ayes de vida inerte cruzan el invierno del suelo...

Con el oído estremecido,
con el **pecho desierto**,
el recluta acaba de llegar. A remolque,
transportado como un ramo de carne,
como un ser maniatado,
como una cosa. Suena
su caminar cansino sobre el musgo transido de las

sendas.

Sepultado en el caqui,
el recluta es un ciego que camina entre muros,
entre noches de **roca**, entre hogueras de hielo.

Casi no es nada,
un débil golpeteo en el alma,
una brizna que apenas sobresale del barro que la
inunda,
un pedazo de niebla en el túnel del ansia.
Casi ni un hombre;
un leve percutir de terrores,
una remota y triste añoranza del pueblo
donde dejó la infancia para siempre...

Sobre la tierra,
sobre el corazón yerto,
brotan dalias con **fango**, claman soles borrados.
En el jardín de llamas,
el recluta, es un rastro pueril que asustado
ya no siente los pájaros del cielo,
ya no escucha los golpes de las venas
y sí sólo crecer ese inmenso bramido
de novillo corneando la indefensa planicie
donde él mira sin mirar a los ruidos,
al **AZUL** que yace en partículas de sombra.

La Batalla ha comenzado, y una mano de hierro,
incalculablemente, **apuñala los labios**
donde quedan las palabras hermosas
tal vez asesinadas para el amor y la alegría.
Se adelgazan los aires. La Batalla está en curso.
Y se piensan las tardes del recuerdo y las cosas
más absurdas, lejanas. Desde la **boca seca**
donde negras **espadas** nos cercenan la ira,
llega un nombre a los **dientes**: "Mamá", o: "Ya
estoy muerto".
Y nadie se ríe porque aquello es muy serio.

Yong-Tae Min, en su libro **TIERRA AZUL**:

Sueño:

Ni diosa ni niña.
Soño.
Así, con tu acento frágil
sin diptongación.

Pero, tener un **ángel**, Dios mío,
tener una isla entre el cielo y la mar,



tener una niña vieja entre la hostia y el pan
tener un arcoiris quemando mis manos.
¿Es que el cielo
corre hacia mí, el cielo
corre hacia su centro cálido, el cielo
reducido de pronto al tamaño de un microbús azul
corre sacando a saltos sus ranas, ranas verdes
ante mí, hacia mí?

Primavera del animal anfibio
tu ojo ya no es aquel pozo hondo
donde naufragan los zumbidos de los insectos,
tu ojo ya no es aquella medianoche
donde se suicidan los meteoros hartos de la
eternidad,
tu ojo, mírale, es un anochecer
o tal vez, un amanecer
o una simple escalera de luz, camino lento
y justo hasta alcanzar mis pies.

Dirás que se te han muerto tus padres,
dirás que se te han muerto los padres de tus padres,
dirás que te han suspendido todos los peldaños y
los faros:
una isla caída a solas con el mar.
Dirás, al fin, de tu ojo infinitamente abismal.

Pero, cuando te toco
cómo siento, en el aleteo leve de tu piel,
el aliento de una aurora recién cortada.
Cuando te poseo
cómo siento, ay, en tu agua de fiera indomable
la LONTANANZA AZUL que no abarca mi pecho,
pez, deslizándose suavísimamente entre mis dedos.

Ni diosa ni niña,
blusa azul
en pantalones.
Hoy me ves en el puerto,
donde no te despido,
como jamás te he esperado en ninguna primavera;
me ves, sin otro pañuelo,
que un vuelo mero de gaviotas,
oh, Soño, al fin
tú, AZULMENTE DIPTONGADA.

Jesús Aguilar Marina, español, en su libro **En la soledad de los caminos**:

Mas cuando acaben estos días

inagotables
y mi dolor telúrico
sea un marchito hontanar
y un manantial cegado.
no necesitaré las risas de las diosas
ni la amistad de la Fortuna.

Porque tendré mi piel reseca como el cuero
y mis arterias vacías de roja tibiaezza.

Entonces no sabré discernir
y la amargura
copulará amigable con cielos impolutos.
Tendré la eternidad de la muerte
jugando entre mis dedos,
asombrada en mis ojos
y abrazada a mi pecho inaudito.

Pero el ronco clamor
de las palabras que fueron mías
surgirá entre otras voces
agobiadas por su propia traición.
Entre otras voces habitantes del cielo
que se prenden en piedras oscuras
para ocultar sus falsos matices.

Mis labios sedientos serán la profecía
eternal de estas palabras.
Mi ROSTRO AZULADO con mirada pausada
entre el fulgor de unos cirios de plata,
contemplará lentamente
esa niebla enemiga que huye
a perderse en las brumas del agua.

Y se abrirán los cielos
para dejar en el éter
el grácil mensaje
de mi boca ya muda.
Y un sonido de albores
deshechos en torvos fragores
se oirá.

Y mi muerte será
como una muerte cualquiera
acaecida en el polvo
y en la soledad del camino.

Pero tendrá la grandeza del dolor
y el perfume de mi espíritu virgen.

La grandeza de aquel
que ha sufrido en silencio
sin la ayuda de nadie.

El grajo:

En la dorada estela del poeta
hay un **grajo** volando.

Y sus alas estremecen el aire
y asombran el éxtasis del cielo
con graznidos de pobreza ululante.

En el **AZUL SENDERO** del poeta
hay un **grajo** esperando.

Y su mezquino espíritu de cera
semillero de **piedras** y tropiezos
aguarda la derrota de las nubes.

En el vasto horizonte del poeta
hay un **grajo** acechando.

Y su rostro de **cieno** disfrazado
hace muecas que intentan ser sonrisas
sepultadas en moho y en vileza.

Siempre hay un **grajo** donde canta un poeta;
con su vistoso traje de payaso
desciende a los espacios de aquelarre
para pedir ayuda de las brujas
y sajar así la más bella canción.

Llanto del poeta por los imitadores sin esencia:

Ya sé que soy raro...
estoy convencido...
mis huesos están hechos
de fracasos eternos
mamando de las sombras.
Yo se todo eso
y más que me digais,
pero también contengo la **AZUL SEGURIDAD**
de que jamás podré volar entre vosotros.

Mi mirada es más enorme que la vuestra,
pero os burlais.
Mi sentimiento y mi nobleza se yerguen
sobre vuestras montañas,
pero no los veis remontados.

Mi destino empequeñece vuestro pobre
destino,
pero no llegais a comprenderlo.

Yo soy como soy.
Vosotros quereis llegar a ser como me veis.

Esa envidia mezquina,
ese forzado desprecio
que ansiais poner en vuestros labios
para herirmee,
ese intentar alejaros
cuando sabeis
que ni aún amarrados
a un tronco común
existirá más lejanía que la nuestra.
Toda esa obsesión que os atenaza
frente a la inmensa presencia del poeta.

Mas mi **luz** inacabable
se mantendrá por encima
de vuestra estólica frente
hasta que el mundo sea
una fúlgida carroza
arrastrada por ciegos **caballos**
sobre un caos de escombros.

Porque vuestros pies sólo hollarán
los olorosos caminos que descubrió el poeta.

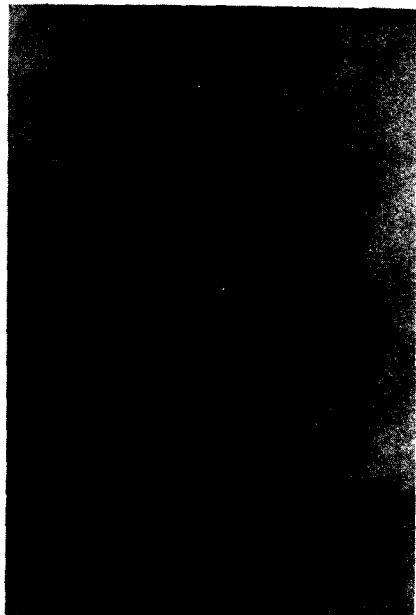
José María Llopéra, andaluz, en su libro **Singladuras**:

Algunas noches:

Algunas noches,
el mar cambia la espuma por **luceros**
y se queda, en la arena de la playa,
la sal que hay en las olas.

Y olvida el cielo, entonces,
los **PETALOS AZULES** de su alma
entre las manos limpias
de un rosicler henchido de ternura.

Algunas noches,
Málaga se asoma al hontanar del Guadalhorce
con **ojos de gardenia**
y mensajes de **luz** en sus cantares.



Insomnio:

El aire quema. Viene desde lejos.
La noche, sorprendida,
no sabe cómo resguardar su espíritu.
Hay una dalia rota,
esperando la **luz** del pensamiento,
entre los girasoles.
Una **estrella** fugaz roza sus pétalos.

La golondrina de **ALMA AZUL** y roja
despierta y se estremece...

Lo que me queda:

Unicamente soy
lo que deja en la arena el beso de la espuma.

(Hay en mi cielo un nido solitario
donde esperan los **ángeles** a ver cómo amanece).

Lo que queda de aliento entre las ramas
de un **lucero brillante**.

(Tengo un camino sin ninguna huella
que está temblando **azul** en cada paso).

Juan Cervera, andaluz, en su libro **Si es que muero mañana**:

Perdido vengo de tu vientre absorto.
Busco la **luz** y el **agua** en tu mirada
y tú estás ciega y, como yo, cansada
de esperar y esperar la flor del orto.

¿ Nunca amanecerá ? ¿ Soy un aborto
de un aborto que viaja por la nada ?
¿ Pero por qué esta fiel sombra angustiada ?
¡ Oh esta vida tan larga en ser tan corto !

No sé, no sé si tú sabes que lloro
sobre la verde arena del **desierto**
donde tus huellas hablan de mi ausencia.

¿ Nunca compartiremos el tesoro
bajo el **ROSAL AZUL** del tiempo **muerto**?
¡ Sólo aspiro, Quimera, a tu presencia !

Alipio Donaire, español, en su libro **La ausencia
y la esperanza**:

Hoy no sé por qué **EXTRAÑOS AZULES**
el alma se escapa.

Quizás Dios me recuerda el silencio
o quizás las estrellas, o el agua.
Ojos limpios rimando sonrisas
cántaro que se rompe
luna clara.
Mañanitas pequeñas nacidas,
sin testigos que recen, humanas ;
otra vez mañanitas anónimas
de ilusiones fútiles
como nubes blancas.

Jorge Eiroa, español, en su libro **Poemas. Tierra
adentro y Ese extraño temblor**:

Igual que un emisario de otras **luces**,
más lejos de la paz y más humano,
extraño ante este caz que no es el mío
y cabalgando a golpes de recuerdos,
vuelvo al viento de pueblo y a las torres,
al viejo caserón y a las bodegas,
al extraño zaguán y a los milagros.

Ya no soy yo quien habla,
sino la limpia voz del niño aquel
que tuvo su lugar ante estos cirios,
ante esta aparición, ante estos campos ;
ya no soy yo quien gime,
es mi niño precoz el que está hablando,
el que planta su voz entre tanto silencio,
el que quiere soñar y son turbios sus sueños
y tiene el corazón vendido sin ser suyo.

No estoy aquí. No puedo ser
este **cadáver** que cada día invento,
esta milagrería que me brota
del más hondo letargo de las manos ;
aquí no está mi voz ni soy mi sombra ;
están muertas también, como todo
este mundo truncado ante el silencio.

Baila, baila mi corazón, bailan mis sueños,
se estrellan contra el aire blanquecino del alba
tocan la tierra y huyen
hacia donde las olas aplastan las verdades,
hacia donde la mar es lo único puro,
lo único evidente para mi calendario.
Me veo allí: estoy labrándome la tierra,

haciendo de los surcos amor mío imposible,
fingiendo mi verdad para mentirme,
para no sofocarme ante la vida.

Ya no soy yo quien habla
estoy, estoy dormido
sobre el **AZUL CELESTE DE MI MIEDO**,
sobre la tosca hechura de mi sangre,
sobre la vocación de sembrador tardío.

Y al mirar la penumbra del cielo,
las tormentas, los páramos atroces
de mi infancia . . . , busco mi corazón,
mi antiguo niño impávido, apacible,
para olvidar mi voz de ahora
y hacerme niño aquí, hasta
morir de viejo ante mi infancia.

Ese extraño temblor que me obsesiona
si tu nombre me crece en la memoria,
si está lloviendo Dios en mis mañanas,
si, a lo lejos, el mar me habla de todo
lo que es borrachera de **luz** en la mirada.

Ese extraño temblor
en la raíz exacta de mis venas,
en el **COSTADO AZUL** de mi esperanza.

(Tu cuerpo y yo
tocamos a muy poco).

Ese extraño temblor
si tú te acercas . . .

Eres un mar inmensamente atardecido,
atardeciendo inmensamente ante los sueños.
Toda tú eres **AZUL**,
toda tú nube blanca
—según mires a un barco,
al sol o a un calendario—.
Toda tú eres de **luz**.

Abre los **ojos**, mira:
aquel viento que cruza,
aquel aniversario,
aquella gaviota de la mar . . .
eres tú, sombra sólo tuya
que pasa destrozando los silencios.

Toda tú eres **luz**.

Cierra los **ojos**: oye;
aquel sueño marino,
aquella ola que vuela,
aquellos caminos de la mar,
esa miseria . . .
eres tú, sueños de tu infancia,
futuros intuidos en tus **ojos**,
como las **sepulturas** de las olas.

José Manuel de la Pezuela Pintó, catalán, en su libro **Círculo en llamas**:

Vuelo revelado:

¿ Desde qué aurora —levantada en el milagro gratuito—,
llega hasta ti —lloviendo su vuelo revelado—,
el feliz **pájaro** blanco de la palabra inaudita ?

¿ Cómo es posible que disciernas —enamorado
de tu fe—,
si tu **ave** blanca y nueva es la clara voz del Dios,
palabra ésta que te atrae y llama —tú me dices—,
y a ti precisamente, desde los enormes pétalos
abiertos
de una bella **ROSA, UNICA Y AZUL** ?

Almendra aureolada:

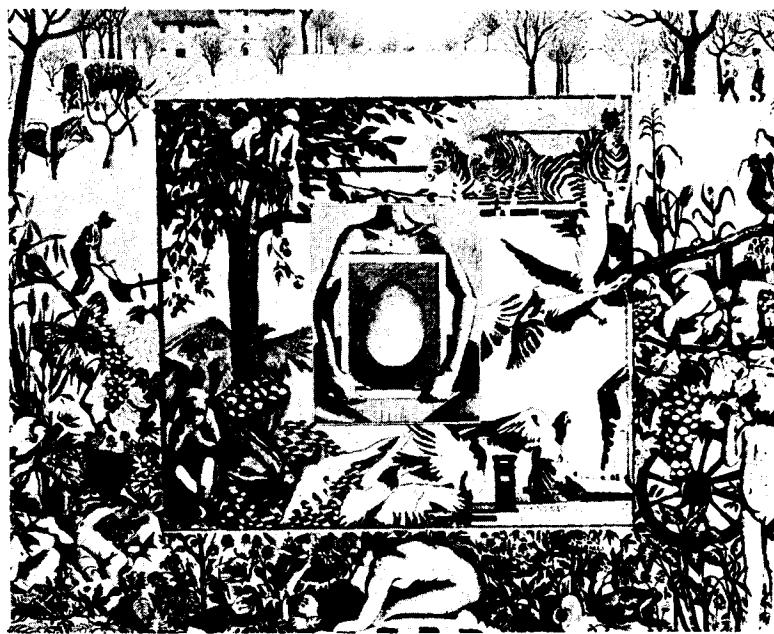
Entregado vivo al horrible tormento con el que
desconyuntan
mis huesos los salvajes **POTROS AZULES** y
negros; hundido llevo,
—como **puñal** inmóvil en la carne tensa—,
la **ensartada**
lanza eterna de la duda lacerante . . .

Porque busco, ¡y no hallo sino imposibles
lenguajes!
versátiles jerigonzas de disonantes latidos;
torpes sílabas,
ya extraviadas y rotas desde los laberínticos
portales
primeros de la inasequible palabra inicial . . .

Manuel Fernández Calvo, valenciano, en su libro **Elegía íntima**:

Anochecer:

Vuelvo de mi costumbre: un libro bajo



la amistad apretada de la axila
izquierda, fatigada la pupila,
torpe el pie en la tortura del atajo.

Se ha acostado la tarde en el regajo
para soñar escalofríos; hila
su funeral el tiempo, y una esquila
muere en la sístole de su badajo.

Despereza la luna en densos tules
—grises oscuros, cárdenos AZULES—
su nostalgia de exóticos países.

Mis venas rompen su fluvial marasmo,
y el mar del alma se hunde en un espasmo
de AZULES cárdenos y oscuros grises.

Manuel Díaz, andaluz, en su libro **Documentos**:

Los veinte años:

¡Hay que vivir de prisa!
Se derrama
como un licor la tarde. Es necesario
que discurras dichoso tu camino,
te entregues al asunto
primordial de la vida, hagas leyenda
de todo beso insuficiente, horades
—contra tiempo y distancia—
el porqué la estación vibra de luz
y la carne es manjar para el espíritu
y está todo a la altura
de un nuevo nacimiento,
tan AZULES LAS INGLES y el corazón tan joven.

José María Delgado, andaluz, en su libro **Tras el espejo**:

Ante el espejo:

Hay noches, como anoche, en que me aburro
de una forma intensa, diría casi triste,
y a pesar de que estornudo, fumo, leo,
escribo cartas o llamo por teléfono,
imagino que el ropero quiere estrangularme
y le miro venir, amenazante,
me hundo en su madera y se me olvida
que soy un hombre y tengo nombre,

que mañana me esperan a las once
y que he de dormir, en un intento por lo menos.

Ya sé qué hacer entonces. Cojo una silla
y me siento enfrente del **espejo**,
impaciente. Luego
miró a los ojos de aquel **CHICO AZUL**
que está frente por frente,
atrevidamente, a mi persona.
Me miro, pues, y siento
que hay un abismo tremendo que me absorbe,
penetro en él y me dejo
arrastrar por esos ojos que te escrutan
como disecciónándote sin remedio,
sé que soy yo pero no soy,
voy
buscando una salida al laberinto,
voy, sabiendo que
sus puertas son ventanas y no se abren,
que mis ojos me tragan y no lo evito.

De pronto, nada. Otra vez yo y la silla,
el **espejo** enfrente,
y ahora sí,
ahora soy yo el tipo del pijama.

José Luis Núñez, andaluz, en su libro **Luz de cada día**:

Viejos tomando el sol:

Tristes, deshechos,
se apoyan en el **sol**,
cayado luminoso
que aguanta hasta el crepúsculo.
Pueblan los parques,
plazas porticadas,
los listados asientos, que se ofrecen
como eventuales sentencias
(quizás ronde un asilo
tratando de elevarlas
a definitiva).

Ellos, los viejos
levantan la mirada a la mañana
y sonríen dichosos, destrenzando
la boca desdentada, interminable,
los puntos suspensivos
que dejara la mella
en su historial de besos.

Mientras rueda la vida
y el aire rinda culto a la memoria,
arriba provincianos telegramas
de **jilgueros** y árboles;
la **anglería** morena de la siembra
prolongue su milagro en los aleros
del barrio antiguo,
disponga otro damasco en la cornisa
de la iglesia, decrépita;
en tanto un cielo alado, epistolar
salpique con un poco de **AZUL**
el blanco palomar
de sus buzones ambulantes,
reserve un apartado a la esperanza...
Ellos, los viejos, arrimarán recuerdos,
tantearán las **piedras** commovidas
desde solares, esmaltadas varas
de un acebuche fosforescente y lúcido.
Y asociarán, confusos,
el canto celular de las sirenas
con la **muerte de un pájaro**,
perdidos ya los límites
oscuros de la **sangre**,
el móvil del **asfalto**.

Cuando caiga la tarde
y la fresca noticia del poniente
áune sobre los hilos, tendederos,
el pecho militar de los **gorriones**,
cederán sus espaldas,
doblegarán las manos y los hombros
en un gesto resignado y dulce.
Y se irán consumiendo en la vigilia,
parsimoniosa, paulatinamente.
Como sauces que orientan
sus tallos a las lágrimas.

Marco Ramírez Murzi, venezolano, en su libro
Viento del oeste:

El amo (fragmento) :

Absueltos sus pecados,
(desde luego, veniales),
es un rey sin corona que nos **muerde**,
entre pecho y espalda.
Que nos duele en la **sangre**.
Que revienta detrás de las **heridas**.

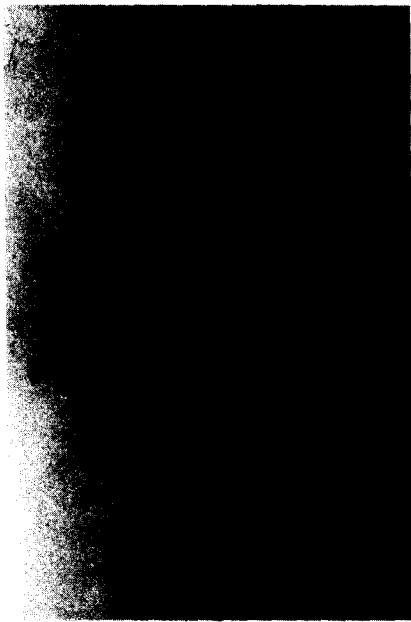
Pero, un día.
con **ESPEJOS AZULES** y guirnaldas,
en una hermosa fiesta,
enterraremos,
con la mitad de todas las miradas,
tantas **luces** oscuras, tanto duelo
de historia avasallada.

Andrés Athilano, venezolano, en su libro **Ilusa X**:

/la NADA a su alrededor entusiasma
/la violencia de mis vuelos
/ **AZULES**
/ **ASTROS**
/—creo :: : energía
/ amor deviene
/ amor
/ energía
/pensar-imagen de no hacer
/el universo ni la torreifela caracas
/al aire-llegada de puentes o un beso
/no sino hacer-energía
/ nuna volando)astros(amor!
/ devenir)AZULES(
nada
/lográsemos ditirambos de la **lengua del agua**!
/ modulación
/ delirante () occisa ... asco
/ locura ... beso
/la muchacha de los poros bóveda del agua
/ bermejos **PECES AZULES** con beso
/ suenan
/ redondos de los peces () ruidos celestes
/abandonado silencio! a los **negros sapos**
/ del bosque
/debajo de una lápida o del cielo!
/mas ella flota :eco de la **muerte**
/oleaje
/por el capricho de haberse soñado **AZUL**

En su libro. **Lauda al olvido Cantos a Tabarí**:

la **PIRAMIDE AZUL**
se demora
en verter
sus-2-copas
de **vino blanco**
y en la tercera copa
—la del ápice del sauce
o del techo de mi casa



la del penacho de los acaudalados
y de los enterradores—
vigila el iris mortal
su eco celeste de sueños
tabarí de su papel escrito para el humo
en la PIRAMIDE AZUL de tabarí
habita
el niño
resurrección
de lilith enamorada
en espera
del vino
blanco.

él
siempre yo-y-tabarí
la primera
deslumbrando sus pasos de novia
no se retrasa vestida de espejo
palpitaba
está vivo en su existencia
completo
en la imagen de vidrio
¿no sé... qué hice?
me mira
la mano de la luciérnaga de los gatos
aspire el humo-sombra
del patio
intenta ir a la sala
se detiene o ve el jardín
me devuelve o ve que entra
en el IV
vuelve a salir del cuarto de equivocarse
el nudo del cabello
la segunda lumbre
¡un crimen!
no se ve el faro nictálope
del odio
odio
odio
no volveremos!
pasó!
rasó!
casó! no se despierta!
su AZUL DE ALFILER

Jorge Boccanera, argentino, en su libro **Los Es-pantapájaros suicidas**:

Suramigo:

Caigo
con un grito ocupando mi cuerpo
mis manos han nacido en un abismo
desde mi INFANCIA AZUL vengo cayendo
más
he podido ver el mar
tocando el vientre al horizonte
he sentido el latido de la tarde sobre
mi pueblo chico
he visto tus ojos en el amanecer
tan dulces
y todo eso cayendo sin respiro
he visto largas calles con un solo habitante
plazas rabiosamente tristes
he ocupado un asiento de luz a no se donde
he escrito sobre uvas y molinos
y todo eso cayendo
volando hacia lo oscuro
rozando levemente la orilla de tus ojos
sangrando este plumaje
roido de costumbre de dar amar
al día
sediento de amapolas miércoles con tu nombre
he podido gritar
mirarte apretarte las manos
ahora
destituido de sol
me caigo de tus ojos
escapo de tu piel
deses
pera
dam
en
te

Horacio Núñez West, argentino, en **Muerte de cada día** (Antología poética bonaerense):

Con luz de otoño y clima de nostalgia
cae, lento, el crepúsculo sobre el alma y la tarde.
Hay algo de hojas mustias flotando en los sentidos
y triste lluvia de oro dormida en los caminos.

Voy por ellos como un predestinado.
A veces, apagadas melodías
alzan su vieja voz sobre el silencio,
y pálidos recuerdos se insinúan
como los astros de un lejano cielo.
Siento la dulce madurez del fruto
que abandona la planta porque es tiempo.

Desde lejos, un árbol se despide
para su **MUERTE AZUL** de cada día.

Y cuando el alma de la tarde tiembla
en un largo suspiro,
siento que algo de mí, también se **muere**.

Roberto Themis Speroni, argentino, en **Soneto simplemente azul** (Antología poética bonaerense) :

La tarde, **AZUL DE PAJAROS** reclama
su libertad **AZUL** en el plantío.
Divaga en tono **AZUL** la voz del río
y el aire es más **AZUL** sobre la rama.

AZUL el corazón, el pie y la grama,
confunden el **AZUL** de mi albedrío;
todo brilla en **AZUL**, y el pulso mío
con **AZULES** ligeros se derrama.

Canta en **AZUL** la noria y el labriego
que vigila en **AZUL LA LUZ** del riego
desceñido en **AZULES** serpentinas.

Mágico prisma **AZUL**, la tarde siente
que en **AZUL** principal, sobre su frente,
Dios está **AZUL** de Dios y golondrinas.

Enrique R. Bossero, argentino, en su libro **Nuevos poemas casi tristes**:

Había:

Había un mar
con arenas blancas y gaviotas encendidas.

Una música en el aire
y un pedazo de sol flotando entre escolleras.

Había una mujer
tendida en un espacio sin nombre ni principio.

Y un niño presuroso
detrás del ala de un **PAJARO AZUL**.

Había **sol**.
Y eso bastaba.

Mañana cuando llegue
me asomaré al balcón que aproxima el mar.

Con las manos apretando los pasillos
y los **ojos** descorriendo las cortinas.

Mañana.
Cuando llegue.

No sé a qué hora. En qué tren. De qué distancia.
Y a qué negarlo:
tengo miedo.

Esteba Moore, argentino, en el libro colectivo **Hombre por el hombre**:

Visión del espectador atemorizado:

Rechina la noche
en círculos cerrados,
resplandece el terror.

—Luces geométricas giran
atolondrando **ojos**—

Gritos sonoros, de metal,
grillos inesperados, saquean la noche,
hielan voluntades, sacuden piernas;
tristes hojas en revoloteo humano.

Llamas
AZULES
galopan párpados,
queman encías,
AZULES LLAMAS AZULES.

Primo Castrillo, puertorriqueño, en **Ecos de montaña**:

Estela:

Cuando tu palabra se calle
en la noche sin alba de tu cantar
entonces el último eco
eco de angustia... pálido eco
por ser la última gota de luz
en la **TINIEBLA AZUL** de tu conciencia
en calma se diluirá
en el ópalo vibrante de la llanura
o tal vez en el polvo levantado
por una cintura en baile de emoción
mudando su ritmo en un eco sin duración.



Contigo:

Contigo, solitario,
en el descenso por la pendiente
de lo olvidado.
Contigo
en el ARENAL AZUL del cauce hondo
sintiendo el sabor de la sal en la boca
y en el oído el timbre metálico del agua
entre los derrumbes.

Rosario:

No... es inútil que vengas ahora
con ese REMORDIMIENTO AZUL
socavando las palomas de tu pecho
o con ese resollo tenaz
de haber negado
quemando el árbol de tu corazón
o con aquel viento de milagro
misterio de futuras generaciones
todavía en estado de nébula y sueño.

En su libro Hermano del viento:

Instante cósmico:

El Tiempo
me explora los bolsillos
cuenta los centavos de cobre
que todavía me sobran para malgastarlos.
Me hace abrir la boca
y con un palito de segundos
me examina los minutos del paladar.
Prolíjo me escarba las horas de la dentadura
para enterarse de la condición
de cada diente y el estado de las encías.

El Tiempo
me despoja de zapatos y calcetines.
Solicito me cuenta los dedos de los pies
para confirmar si en total tengo diez
en vez de once como las mujeres
tal como dicen lo afirma Aristóteles.
Meticuloso, con la lengua en el carrillo,
me examina empeines, tobillos, talones
para corregir
si padezco el defecto de algún mal hueso
que me da rengüera de perro
al correr, caminar, bailar
o al seguir a la casada infiel

que me invita a comer pulpas de chirimoya.

El Tiempo
me hace levantar los brazos
cerrar los ojos, respirar hondo
toser... exclamar ¡ah!
Me toma el pulso
y me da golpecitos de martillo en la rodilla.
Posa sobre mi pecho de catedral
sus oídos finos de estetoscopio
e impasible... pensando en silencio
me ausulta como si apenas tuviese dentro
una colmena de ABEJAS AZULES
en vez de una canción camino de la eternidad.

El Tiempo
metafísico... irreversible
al pasar como un caballo desbocado
galopando sin rumbo
para nunca más volver sobre sus huellas
inexorable se lleva algo mío.
Algo de mi instante cósmico
y de mi pasajera permanencia
de sombra, pájaro, caballo de viento.

Convocatoria lírica:

Tengo que estar allí
donde el fósforo se alimenta de luz
y la luz traspasa
y taladra hondo
en el SUEÑO AZUL del hombre pensante
y le desmenuza noches en las pupilas.

Tengo que estar allí
como tú... cuando te despertas
con el cantar del primer gallo
bostezas como una foca
y ya no te acuerdas de nada, nada.

No te acuerdas un punto y una coma
de la pesadilla violenta y exaltada
que tuviste al amanecer
con ese toro rabioso de ojos verdes
que bramando a voz en garganta
te persiguió por calle, plaza, ascensor.
Ni te acuerdas jota
que durante ocho horas
estuviste en estado de agua y mineral.

Sueño profundo, sin sonido, sideral

de cara al espejo de la Humanidad
de espaldas al calor de la mujer
que te infundía confianza
de que no estabas solo en el mundo
en esa **semiluz** crepuscular
de media **muerte**
abanicándose el sueño
con ese pañuelo de **moscas** y **hormigas**.

Tengo que estar allí
donde se dan cita los vates de cenáculo.
Dejando la luna en su órbita de estaño
el soneto en el buche de la paloma
las cuartetas y décimas
en el catafalco de lo caduco y **fossilizado**
se miran de soslayo... se sonríen
con asombro, simpatía, curiosidad, desdén.

Poeta (fragmento) :

Hay en ti
un mundo callado de **VERBOS AZULES**.
Hay en ti la energía solar
que evapora nieblas, enciende **luces**
transparente y vitaliza los siglos
y de súbito evoca un pasado remoto
y lo hace canto de presente realidad.

Hay en ti una mano invisible de **halos**
que señala... conjura... profetiza
y en el aire límpido y cristalino
traza la espiral de una secreta cábala
de donde como una flor... emerge la mujer
y con ella el amor, la poesía, la canción.

Hay en ti
un mundo callado de **VERBOS AZULES**.
Hay la voz telúrica de **luz** y armonía
que entra en orquestación con el paisaje
se unimisma con el llano, la montaña, el mar
y con el viento canta al hombre que pasa
y con el ocaso la uva que vibra en el lagar
y con la boca el grito del **niño que pide pan**.

Eugene Relgis, rumano-uruguayo, en sus Obras:

Ser rey :

Sobre una **roca** de basalto
se levanta **AZULADO**
el castillo **filudo** de los tiempos severos,
donde un amo —quebrado de dolor—

se aislor para olvidar una derrota,
al final de una vida de victorias.

Y en la quietud del aislamiento inmenso
resonaban los cánticos
dispersando los vanos
deseos en las noches cuajadas de misterios.

Un día, la locura
llegó a él —apacible y enlutada—
y le dijo que él era soberano inmortal,
siendo su país el cielo,
sus súbditos : los **murciélagos**,
los **grillos**,
las **estrellas**...

Y el vencido empezó a reinar otra vez.

Miguel Donoso Pareja, ecuatoriano, en **Cantos para celebrar una muerte**:

Porque ni tú ni yo existimos, solamente buscamos
/algo que nunca podrá darse,
peor hallarse, a no ser en la **muerte**, o en los **ojos**
/**más líquidos del ángel**
de la inanimación. Y allí están las paredes donde
/estrellamos las manos
para tratar de entrelazarlas a otros dedos amantes,
engañoando al deseo, al sufrido garañón que ruge
sobre tus **pechos** y sobre tu espalda, entre tus
/piernas y en medio de tus **AZULES**
vellos, sudando como quien llora por un rostro
/perdido.

Helcias Martán-Góngora, colombiano, en **Poesía y poeta** (fragmento) (Azor XVII) :

Forzando en las galeras y canoas,
atgonauta en la nao de la fábula
surqué el mar y la gota de rocío;
adelantado con los cosmonautas
fui por las rutas de la **Vía Láctea**,
émulo de las aves migratorias
en los aviones que comanda el viento;
romero por la tierra flagelada.
y hombre de carne y hueso entre los hombres
llevó ileso el escudo, poesía,
en el país que me asignó la **sangre**
y más allá de la frontera líquida
que alindera naciones en el mapa.
Heraldo de mi patria y otras patrias,



huésped de luz al par que condenadó
a sondear las tinieblas del abismo;
evangelista del mortal misterio
al par que metafísico profeta,
pero siempre en las nubes emigrantes
o en las raíces que el manglar sustenta
acudí con la savia presurosa
a copiar tu verdad en los espejos
y a verter con mi sangre tu palabra
a todos los idiomas del planeta.

Lance el conjuro con unción de niño
ante el verde auditorio de palmeras
y la brisa fluvial llevó mis voces
al septentrión de los acantilados
y en las praderas submarinas
de los puertos australes,
bajo las catedrales sumergidas
—en criptas de corales y madréporas—
entronicé en tu imagen
la advocación de Venus Afrodita
que nace de los mares.

En la pira sagrada del crepúsculo
ofrecí el holocausto de las naves
de Hernán Cortés. Y di la vuelta al mundo
en la proa de Magallanes
repitiendo el ensalmo
a los hombres de piedra
en su pueblo de estatuas
y a las tribus famélicas
levantadas en armas.

Sobre la mar de España, frente a las Islas Cíes,
tu RITO AZUL concelebré en la proa
y el coro argé de bienaventuranza.
Al fin de las arengas políticas y el ágora
ardí siempre en tus lámparas de arcilla,
en la prenumbra que anticipa el alba
fiel al designio de ir tras de tus huellas
hacia la claridad de la mañana.

Ahora que el umbral de los sepulcros
piso con lento pies, el emisario
del laberinto soy, el peregrino
que ha de llevar hasta el confín del orbe
tu mensaje de miel y de rocío,
tu vocablo de hierro y llanto unánimes,
tu pregón de insurgentes litorales,

tu vocación de abismos y galaxias
y el eco-surtidor, eco-simiente
en el epitalamio o la elegía,
en la canción de cuna o en el himno,
el salmo o la protesta.

...Y me proclamo unánime heredero
de la copla y levanto
tu invencible bandera, ¡poesía!,
en el mástil del cuerpo
nacido del Océano,
en las ciudades y campiñas,
en el día absoluto del desierto,
en la noche, bajo los astros
de los suburbios y las fábricas
o el gozo de los cuerpos hecho grito
en la evasión de las piscinas
y en el frontón de los estadios.

En su libro **Diario del crepúsculo**:

Animal de octubre:

El animal sagrado trisca
la GRAMA AZUL del sueño
y se detiene
en el huerto del alba.
El animal sagrado vence
la timidez del ciervo y del cordero
y convertido en paloma de harina
asciende en las custodias.
Trocado en pez desciende
en los dorados vasos
al fondo de la sangre
vertida en el milagro.
Se escucha el canto llano
de los pregoneros gentiles
y entre el olor del pan ázimo
expira el coro de los creyentes
que vuelven de la música
de un salmo.

David Escobar Galindo, salvadoreño, en su libro
El corazón de cuatro espejos:

Presente póstumo:

Las grandes espinas disfrazadas de lágrimas
que nos enterraron en el corazón los años,
muelas impúdicas de la mentira organizada,

invasión —desde el subsuelo— de ecuménicos cuarzos;
hacia dónde se dirigen... hacia la rutina y el decreto,
aplanando calles y personas,
y ellas tan aparentemente prósperas, bronceadas
por un sol enemigo jurado del misterio
en un apiñamiento de sombrillas y vestidos de moda;
conmigo vamos, entonces, por la ciudad de **COSTILLAJE AZUL**,
hija de la aritmética, nieta del laberinto,
y en ella gastamos el suero transparente de la virtud,
el líquido seminal que palpita como un planeta
en el vacío;
yo no soy nadie para decir las edades del puente,
para sacar de la alcantarilla al ladrón de legumbres,
sólo me voy mascullando una viejísima lección
entre dientes,
y no me da pena abandonar este reino de edificios inútiles.

Ambito:

Por las verjas asoman: llamarada
del invierno, conciencia del verano;
juego interior del viento soberano,
mano de la escasez purificada.

Entre el cemento, soledad granada,
denso perfume del color humano,
verde amarillo del **AZUL RAYANO**
en este rojo de chorreante espada.

Flores descalzas, libres, casi en vano
vivididas: por el sol obra colmada
de variedad, muy juntas en liviano

vaivén de medianoche y madrugada.
Toqué su oscuridad, su luz. Mi mano
sigue siendo esa dicha irrestañada.

Con la luz al cuello:

La ciudad —santa alianza de ceniza y sonido—
no por eso abandona sus tumbas, sus vitrales
manchados,

sus cabezas
de pobre o de burgués. Los árboles respiran como dioses
inútiles en medio de una saturación más industrial
que onírica;
pero quién puede resistir el encanto de las enredaderas
o de las grandes paredes al desnudo,
de piedra sin engaño, sin orgullo;
sobre todo en las calles sin grandes monumentos
el aire tiene olor, poderío de blancos comestibles.
En este mundo asoma de pronto una palmera
—¡soñada, como todo lo dinámico!—;
es un claro abanico en su mancha redonda,
una mano de cien dedos atribulados.
La ciudad la posee, como a mis ojos rígidos,
únicos en la **ESFERA DEL AZUL**, obedientes
a la tristeza y a la metalurgia.
De nuevo en un café abro, extiendo mi libro.
Se acerca una muchacha convertida en otoño.
Y la ciudad fluyendo noche
sobre la algarabía de sus tumbas.

Ceremonias del cambio de estación:

El viento abre los brazos como un hombre que viera
volar un mundo propio,
construido con su misma materia irrestañable,
desnuda, a golpe ciego,
como se hacen los santos de la arcilla más verde
porque viene del fondo de la memoria igual
que estas flores del viejo cerezo adolescente que
descarga en el frío su violencia morosa,
familiar del aliento que impulsa las palabras.
El viento mueve algunas cortinas y cabellos, pero
ante todo extiende los brazos al vacío que es su
justa victoria
sobre la rigidez oscura de los árboles en que ya se
insinúa más que un color un gesto de hojas que
recomienzan el temblor de la especie,
soplando hacia la luz su sangre más que savia, con
la sabiduría de lo que está despierto
aun bajo la inocencia y el **AZUL DE LA MUERTE**.
Colchones de hojas se abren, se dispersan sin
ánimo.
Sólo el viento se ríe de sí mismo, naciendo.
Sólo el viento y la sombra fugaz del que esto escribe.

Felipe Robredo Altuzarra, español, en su poema **Ojos bilabiales**:



Nuevos luceros tiene el firmamento;
copiosamente el uno me divisa
nadando en su dulzura rubia y lisa,
mientras el otro aturde, rol sediento.

Desnudos en feliz cordial momento
dormitamos pletóricos, y a guisa
de incansable manjar, **AZUL PREMISA**,
reverdece la dicha del aliento.

Son **ojos** bilabiales paralelos
que deshacen tumores corrosivos,
mentolados y dulces caramelos
avivando **destellos** comprensivos.
Cual reductos abiertos del camino
resplandor de este mundo peregrino.

Alfonso Larrahona Kasten, chileno, en su poema
Una palabra (Azor, XVI) :

Vivo para ser sólo una palabra:
alada, descuidada, sin aderezo.
En lugar del osario que ahora mezo,
que la muerte, intranquila, ansiosa labra.

Que sea más que llave, abracadabra,
más que un **REGAZO AZUL** que sea un rezó,
un sonido sin lágrimas, un beso,
cuyo escondido canto puertas abra.

Animada palabra que ahora siento
como el **agua brotando**, necesaria
como el breve evangelio con que muero.

Una palabra que, al decirla el viento,
entregue su canción crepuscularia:
paloma merodeando por mi alero.

Federico Mendizábal, español, en su libro **La estrella en el lago**:

Los crepúsculos del lago:

Al fondo en un capricho del celaje
como de astral pintor en la paleta,
IRIS DE AZUL y pálido violeta
a un rosa en arco de oro, dan encaje.

Sobre el verde contorno del ramaje,

AZUL, violeta y rosa en gama quieta,
descienden hasta el alma del Poeta
desde el alma esmeralda del paisaje...

Y del lago en los diáfanos espejos
se miran con idénticos reflejos,
tristezas, esperanzas, sueños, vida,
que se mezclan igual que los colores
de la luz del crepúsculo fundida
con tus **ojos** en hondos resplandores!...

Balada de tu rival rubia:

La Mañana se reía
con carcajadas de luz
y en su dorada cabeza
prende el sol su **VELO AZUL**.

La mañana se tendía
sobre aquel campo en que tú,
suave a mi lado te echabas
perfumada de virtud,
estrella siempre del lago...
lago de **IMPOSIBLE AZUL**.

LIRIO AZUL en verde y oro:

SOBRE el verdor del vestido,
abril, prendía en el pecho
de la nueva Primavera
sus ramos blancos de almendro.

El sol doraba el jardín...
arena... bancos... y un cetro
puso en manos de una estatua,
con oro de sus reflejos.

Ella, de **AZUL** en la tarde,
es lirio de caliz nuevo.
AZUL, **AZUL** su vestido
—pedazo en tierra, del cielo—;

Ella, de **AZUL**, inclinada,
otro **AZUL** iba cosiendo.
(Corpiño **AZUL** para el oro
de las copas de su seno...)

Vibró en el aire, silbando,
el **pájaro** de mis sueños,
un vals del todo aprendido

con acordes de sus besos.

Alzó su frente de oro
mi sol, de su **sol espejo**,
y al **ruiñor** escondido
miró en los ramajes, quieto.

Su cabecita, enojada,
a los dos lados moviendo,
en pie, frente al **ruiñor**
le reprendió desde lejos.

Y el ruiñor sonreía
frente al **LIRIO AZUL**, erecto,
que se inclinaba en la tarde
por las brisas de los sueños... .

¡Lirio mío, lirio mío,
claro sol del abril nuevo,
guarda mi canto en el fondo
de tu cáliz bien abierto!

Sobre su verde vestido
abril prendía en el pecho
de la nueva Primavera
sus ramos blancos de almendro

¡y Ella **AZUL, AZUL** de triunfo,
pedazo en tierra del cielo;
yo **ruiñor** del crepúsculo
y el **sol** en **oro** de besos... !

Ricardo Feierstein (n. 1942), argentino, de su libro **Letras en equilibrio**:

Interrogatorio:

¿Cómo la describe hoy?
El cruce de los años no podría
albergar impúber su boca franca
sus ojos almendrados, su alegría
su mohín de disgusto
su **RUMOR DE AZULES** su nariz acuclillada.

Luis Beiro, cubano, en **Contaba que los pinares** (Azor No. XVIII):

Para mi vecina
los pinares eran varitas mágicas.

Se levantaba cada día
como una **mariposa** sin alas
hasta perderse.

Mi vecina hablaba de tantas cosas sin remedio,
sin saber que el viento devoraba sus tinieblas;
pero seguía,
alardeaba,
creía ser la imaginación del rocío
y **se** escondía en el fondo de las tardes
hasta devolverse convertida en un reflejo.

Mi vecina murió diciendo
que la **LUNA ERA AZUL** y colmada de horizonte.
Su **tumba es un cometa**.
Las palomas huyen de los alrededores.

Roberto Armijo, salvadoreño (n. 1937), en **Últimos poemas**:

A Juan Sebastián Bach:

El aguacero cae sobre el día
fugaz. Intuye un rostro de aire **muerto**.
Despertará mi corazón abierto
a iluminar la oculta sombra mía?

Ya no habrá miedo. Sólo la agonía
de buscar en el mar la **luz** del puerto,
y de soñar la lluvia sobre el huerto
y un **AZUL IMPOSIBLE DE POESIA**.

Entre musgo y arena mi sentido
arderá, y su temblor adolorido
se alzará en el silencio de las cosas.

Por la belleza nada más; por todo
lo que nace inocente y vuelve al **lodo**
para tornar al mundo de las rosas.

José Roberto Cea, salvadoreño (n. 1939), en su libro **Todo el códice**:

Ritual del que recibe:

Tomo lo que me dan y lo que falta.
La necesaria huella de los Códices.
La intrincada verdad de los dibujos.
El estallido preso de cada jeroglífico.
Los **pájaros** del alba y sus plumas sagradas...



Han de danzar las piedras en las lanzas.
Los metales ceñirán la codicia.
Y haremos que los pájaros sean flores de luz.
Y haremos que la flor sea templo dorado por la noche.
Templo para el amor. Templo fragante.
Templo para nacer. Templo de barro.
Templo para vivir. Templo de cifra dura.
Templo para morir. Templo de siempre.
Todos, altares
con muchedumbres oficiando la luz y la esperanza.

Tomo lo que me dan y lo que falta.
Lo que habéis olvidado y no se encuentra.
Lo que está y no pesa. Lo de siempre.
Lo que se halla detrás de las preguntas.
Lo que se halla detrás de las respuestas...

Tomad, es mi cantar. Os lo dejo. Os lo consagro.
Tomad, es mi oración, manantial de belleza,
si es que sirve el espejo donde se halla el anhelo...

Tomad, es mi cantar, umbral de fuego.
Templo del corazón donde se puede hallar
el más secreto signo del misterio.

Tomad, es mi cantar...

Quiero deciros tanta enajenación que no se
encuentra.
Tanta LOCURA AZUL de corazón abierto
dicho en humo extraviado.

Os conjuro.
Dejadme el maleficio de la llama.
Voy a quemar estrellas y azafranes.
Voy a destruir anillos que no tienen caminos.
Haré de ceniza, de resollo, de estirpe,
de fuego que jamás se termina y no cierra los ojos,
los cantos de mi sangre...

Aparición del hombre:

SI EL mar se arremolina en una gota de aire,
se dicen los exordios;
se unta de BREBAJES AZULES la mañana
y se deja caer sobre la playa.

El mar para su danza.
Los tambores del agua se derriten.

Amanecen los cantos y suben —primaveras—
por los cerros...
Uno camina caracol por las veredas
y se lava la cara con el tiempo.

En la ceniza de las arenas y el humo del rocío,
vaga —alondra sin sentido—
la luna.
Ya se han fundado el amor y la grandeza de los ríos.
Ríos que nunca he dicho.
Ríos que ellos se dicen entre peces de vidrio...

Hay un rumor pleno de silencio,
más rumoroso cada vez...
El espacio desata sus cosechas.
Nadie da la respuesta.
Sólo un mínimo hallazgo de verdad.
Nada damos.
Nada está.
Y nada hay y todo fue concluido.

Hay que decir nuestra palabra,
antes que nos sepulte.

Y porque no conozco el color del cielo,
tengo la autoridad de descifrar los signos...

Aquí hay árboles, flores, pájaros y rostros sin
nombre.
Basta con mirarlos y crecen. Crecen.
Hay un silencio que tiembla. Es el caos en pleno
ordenamiento.

Aquí los dioses tienen rumor de río en la memoria..
Sueñan lumbre, arroyos y veredas.
Las piedras del presagio son lanzadas.
El hombre es el que viene. Apareció.
Hecho de nada para hallarse

Hecho de nada para hallarse y encontrar el vacío.
Hecho de nada para hallarse rodeado de leyendas.
Hecho de nada para ser todo.

Antes que la esmeralda echase plumas, fue.
Antes.
Mucho antes que los dioses bebiesen agua
en los frutos de las aves.
Era cuando el miedo se inventaba con pocitos de
estrellas,

y los fantasmas se cogían como piedras preciosas para encender la noche...

Julio López, español, en su poema **Rompe tu mar y arranca en la memoria la contienda absoluta de la muerte** (Azor XVII):

Cimas has de entender
encinas caracolas
y acaso en la semilla
y el eje submarino de unos mares
sin sueño y sin efectos,
la rosa entre las manos
y el signo extraordinario de los tiempos
y has de sentir asombro
rojo de enredaderas y metales
AZUL DE PENSAMIENTOS
aves negras y ocapis enlazados
elefantes inermes situaciones
asombro de ti mismo
humo sangría lumbre desde el orbe
tienes que recibir entre tus manos
y ya nunca tu selva y tu experiencia
y ya siempre
la mano arrepentida que
desgarra,
llena pasión del hombre sin esencia
sólo asombro le cubre las espaldas
loco de asombro planta semilleros
de asombro y de ignorancia
la mano corresponde y anda asombrada
y otra los espacios

Osvaldo Ventura de la Fuente, chileno, en **Un segundo, un retorcido tiempo olvidado:**

Mirando
una densa y oscura
tarde,
sobre silencio
y humedad
un segundo,
un retorcido tiempo
olvidado.

Saltamos
en bicicletas
hacia el cielo
más allá
de toda frontera,

todo pálpito
se trocó
en virutas
acumuladas
en un cenicero.

Se juntaron en un patio
GATOS AZULES
y verdes gaviotas
protestando
por lo descansado
de nuestras vidas.

Acudieron
los licores
y las frutas
y en nuestros cuerpos
brotaron
semillas
y nuestras venas
regaron
el jardín descuidado
de la carne.
Sobre silencio
y humedad
un segundo,
un retorcido tiempo
olvidado...

Eloy Velez Viteri, ecuatoriano, en su libro **El hombre y su cruz** nos ofrece una serie de ejemplos:

Vinimos:

No lo hubiéramos querido tal vez.
Pero vinimos.
No escogimos la cuna
ni el lugar.
Ni el día,
ni la hora.
Nuestro comienzo elemental fue como el viento
que de alguna parte viene sin motivo.
Aprendimos a ser como raíces
que lactan la vida de una entraña.
Sin duda
comenzamos a amar desde el principio.
Y sentimos nuestras
—nuestras por siempre—
la boca que fue primera en sonreírnos
y la tibia fragancia del regazo.



Las pupilas que copiaron nuestro asombro
y la mano de amor
aprisionándonos.

Y sobre todo
esa canción de cuna
que ponía en nuestros párpados
una SONRISA AZUL.

Y nos llevaba
al país del beso y la ternura.
Entonces aprendimos a amar
la bondad
y el silencio
y la armonía.

Después... qué no aprendimos.
Fuimos sabios
en hurtarle al tiempo los minutos
para echarlos al viento.

Penetramos
el lenguaje del trompo y la cometa
o nos fuimos de viaje
al país de Aladino
con el Gato con Botas, Pulgarcito,
con Simbad, Barba Azul y Blancanieves.

Casi podría creerse
que todo eso,
por lo hermoso,
debería ser eterno.
Como un pan de bondad que se reparte
en pedazos iguales para todos.

Pero un día
—¿Quién dice que la Navidad es venturosa? —
desde una vitrina inaccesible
nos guiñaron sus ojos,
imantándonos,
como el pezón cuando éramos tiernos
y teníamos hambre,
maravillosos juguetes escapados
de los mágicos mundos
de Las Mil y Una Noches.

Y supimos entonces
que el mundo es codiciable pero ajeno.
Y quedó nuestra infancia clausurada
por candados de odio y de tristezas.

Amamos:

Hablo

del latido de la piel y de la sangre
cuando yo digo Amor.

Y de punzantes

ALFILERES AZULES
que nos derriban
el sosiego y la paz
mordiéndonos por dentro y torturándonos.
Del mandato implacable de la célula
que exige su ración de placer
y nos alienta
para el beso y la fiebre.

De los miembros que se anudan a otros miembros.
Del sudor de la axila.
Del abrazo
y la caricia íntima y secreta.

Hablo
del amor que navega entre los glóbulos,
del placer y el ensueño.
El amor cósmico.
El que ha poblado desde siempre
el mundo del árbol,
de la hormiga y el hombre.

Hablo
de ese amor alígero que fuera
estremecimiento cruel en el coloide.
El que habitó la marejada trágica
en los remotos días
de los mundos informes.
El del polen viajero y la corola.
El que agitó la lengua que succiona
el suspiro y la queja.
Hablo del amor quintaesenciado
que nos vuelve cordaje.
Amor que inaugura madrigales
con el poder del tacto y la vendimia.

Loados los que aman
con silvestre pureza.
Y los que abrevan
bajo el CONCAVO AZUL ILUMINADO
su sed elemental
igual que el primer día.

Manuel Martínez F. de Bobadilla, publicó en Río Arga No. 7, su poema Cárcel de amor:

No sé si ruiseñor de tan herido
fuego, el árbol enciende en alta lira

o si llama en la rama clama en ira
sobre el dolor secreto de su nido.

No sé si el viento corazón perdido
con manos verdes a la cumbre aspira
o si en su **OLIVO AZUL** nace y se estira
el llanto de la noche presentido.

No sé si el río siente escalofrío
de **muerte** porque pierde las montañas
o busca su sosiego entre la arena.

Pero sé ruiseñor y viento y río
que eres **agua crecida** en mis entrañas
y viento que a tu fuego me condena.

Luis Pío, peruano, en *Triángulo* de su libro *Pyramyde*:

El PAJARO AZUL. Breve.
Soneto de blancos Menhires.
Vuela. En un lago claro.
Y en las Montañas de Provenza.

Sus alas palpitan
con palabras breves.
como dos Aonias
en un baño de Lívores.

Su mirada noble
elude al Báratro,
y los humanos te miran
con los **ojos** locos.

Pareces la **BAILARINA AZUL**
en la Parada Circense,
con ese escote blanco
y **AZUL DE TUS ALAS**.

El PAJARO AZUL. En vuelo
Coge un balcón de gardenias
del jardín de las niñas
y vuela. En pleno.

Se mira en unos **espejos**
donde su forma fosforece,
entonces el Ave llamea
entregando calor humano.

La arquitectura de **cristales**

de su barroco plumaje
palmea un templo de **albatros**
con los escudos blancos.
Apostadas en Las Pérgolas
donde Albertí se inspira,
para hacer un amado poema
al ave en el país de las niñas.

La mañana era verano,
era un febrero rosado,
con besos de flores
y alegres cantos.

La Iglesia de lagos
sonrosada como claveles
brotaba odas claras
para el caballero alado.

Y las guitarras de Ebanos
de Las Sabinas de Athos,
tiene al Músico Poeta
la gaita de sus versos.
Y el hombre tiene a Eliot
con La Tierra Devastada.

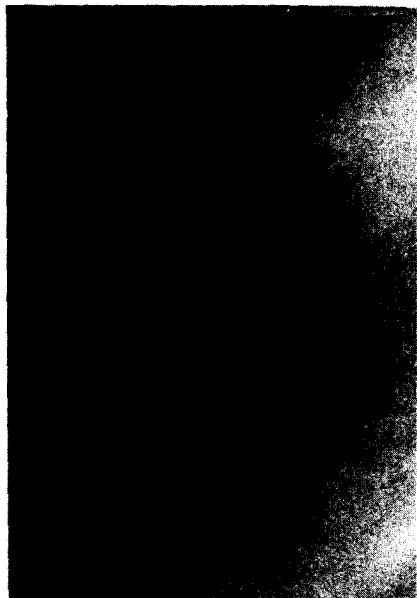
El Gran Delfín vivo,
con los **ojos amarillos**
mira un animal bosque.
Y el Azanca de Teocalis
con sus saltos de agua,
tiene una fuente de sirenas
con trinos de cardenales.

Y el hombre.
Es una canción de autor anónimo.
Un Poema de Edipo.

El PAJARO AZUL lleva su verbo
hacia la Fuente de Neptuno
y al Fauno con Dafne
Desnudos sobre fondo rojo.

El Martín Rosa
y el Belga de Fantasía,
juegan en un soto
transportando talluelos.

Oh Las Manos del Día.
Elegía de los Borrachos
en los arrecifes mortales.



El Orfeo en los infiernos.
La Caravana de los preces.

Jorge Isaías, argentino, en su poema **Preguntándole a Lorena**, tomado de Poesía de Venezuela (No. 89) :

No inquiriera el agosto
ensueño gongorino
No consumiera el **ESTERTOR AZUL**
—cabrito en celo— alrededor
de tu cintura
Y qué responde el agorero y turbio
consumarse entre huestes que no serán
para la muerte
ajenas...?

Carlos Vega Alvarez, andaluz, en su libro **Pueblo en Cruz. Cantos de Paz y Esperanza**:

Mundo Adentro

—(Para la poetisa chilena,
Liliana Echeverría,
cuyos ojos sin luz han sabido ver las maravillas
más radiantes de las almas).

Yo sé que tu caminas mundo adentro.
Se que vas, mundo adentro, por las sendas
prodigiosas de tu alma, toda luz,
oteando horizontes sin estrellas.

Sé que en los cielos puros
de tus noches sin tregua
caminas mundo adentro
buscando alturas nuevas.

Con las luces radiantes de tu espíritu
—sin luces en la luz de tu materia—
yo sé que vas pastoreando nubes
y rebaños de estrellas.
—Pastorcilla sin báculo
entre abismos de esferas:
¿Qué te importan a ti sombras ni luces
si es tu alma manantial de luz eterna...?

Sé que vas mundo adentro
por tus caminos caminando a tientas,
pero segura en el **TORRENTE AZUL**

que anima tus fecundas primaveras...
Centro de los sistemas planetarios
de ese mundo ideal de los poetas:

—Bendita seas siempre,
alondra de los Andes, ¡poetisa chilena!

Del poder de la inocencia

¡Préstame tus ojos limpios!
¡Déjame tu voz de pájaro!
¡Préstame, por un momento,
tus sentimientos intactos!

Para tratar con los hombres
dame tu voz sin pecado.
Dame tu clara sonrisa.
Dame el dulzor de tu canto...

Quiero palabras que crucen
brevemente por los labios.
Tan leves que no se manchen
con el odio ni el pecado...

Niña o ángel, **JARDINERA DE AZULES** y amores blancos:
préstame tus inocencias
para alivio de mis pasos.

Dame tu clara sonrisa.
Dame el poder de tu encanto.
Para tratar con los hombres
¡dame tu voz sin pecado...!

¡dame tu voz sin pecado...!

Fredo Arias de la Canal

cartas de la comunidad hispanoamericana

De París:

Llega a mis manos un libro de 555 páginas (cápula científica como vais a ver) sólidamente empastado y editado con arte raro y esmero, en México, titulado "Freud Psicoanalizado". Su autor es Fredo Arias de la Canal. Con él entre las manos, meditamos. Meditamos como debe hacerlo una hormiga colocada al pie de un elefante, sabiendo que jamás, aunque viva cien años, logrará analizar a ese animal montañoso lleno para ella de misterios, al pie de la cual la han colocado. A pesar de lo cual la hormiguita desea escribir, no sobre la fenomenalidad científica, sino sobre el autor, este Fredo Arias de la Canal al mismo tiempo tan español como hispanoamericano, adornado con amistades que en España se llamaron Salvador de Madariaga y en el sur de América Jorge Luis Borges; este mismo Arias de la Canal que recogió de manos de Alfonso Camín la magnífica responsabilidad editorial que se llama "NORTE".

El autor de este libro es modesto, no sabemos si por virtud original o si por sabio cálculo. Después de explicar la trabazón de misterios que encierra el casi mitológico Freud, nos dice: "Juzguen, pues, esta obra, los que deseen juzgarla, con la indulgencia de quienes observan a los ciegos que pretenden mirar". Modestia o cálculo que es un precioso botón de oro. Para el autor, la comedia es finita, pero para el lector el telón apenas está levantándose, y lo que va a ver es sencillamente indescriptible.

Segismundo Freud, gloria al mismo tiempo de su raza judía y de la Ciencia esta vez con mayúscula, es en el fondo incógnito, indescifrable, inanalizable para el 95 por ciento de los humanos. Las complicaciones de su saber son tantas y tan complicadas —me repito de intento— que "el público lector" queda fuera del Templo, después de haber creído que se paseaba dentro de él. El Psicoanálisis es la más misteriosa de las ciencias misteriosas, porque la más física y al mismo tiempo la más intelectual, hasta el punto de que podríamos decir que es infinita, y no todo el mundo tiene acceso a esa infinitud.

Freud mismo nos advirtió con docta nobleza: "La ciencia —se refería a la suya— no es revelación, y aunque muy lejos de sus comienzos ya, carece de precisión, inmutabilidad e infalibilidad". La suya es así la persuasiva voz del elefante hablándole a la humilde hormiguilla, en apariencia para prevenirla de

lo que le espera, y en el fondo para dejarla, catecúmena, de rodillas fuera del Templo a cuyos misterios no tiene acceso.

Freud tuvo un discípulo, uno solo, que según el prologuista del libro, Mr. Hugo Rosen, fue capaz de haberlo comprendido plenamente: se llamaba Edmundo Bergler (1889-1962). Hugo Rosen explica primero: "Jamás se ha intentado un psicoanálisis del fundador de esta ciencia". Y de seguido concluye: "El único que puede hacerlo es Fredo Arias de la Canal, viejo amigo a quien admiro mucho, y psicoanalista de Cervantes, de Cortés, de Sor Juana Inés de la Cruz y aun de otros inmortales personajes".

Como era el único que después de Edmundo Bergler tenía en la mano la palabra, por decirlo así, pues Fredo Arias de la Canal habló. Habló y lo que nos dice en estas 555 páginas de su libro, debe ser monumental. Este humilde cronista dice "debe ser", porque confiesa no tener fuerzas, ni espera tenerlas algún día, catecúmeno como es, para penetrar en ese templo monumental, templo lleno de símbolos sombríos a fuerza de ser misteriosos.

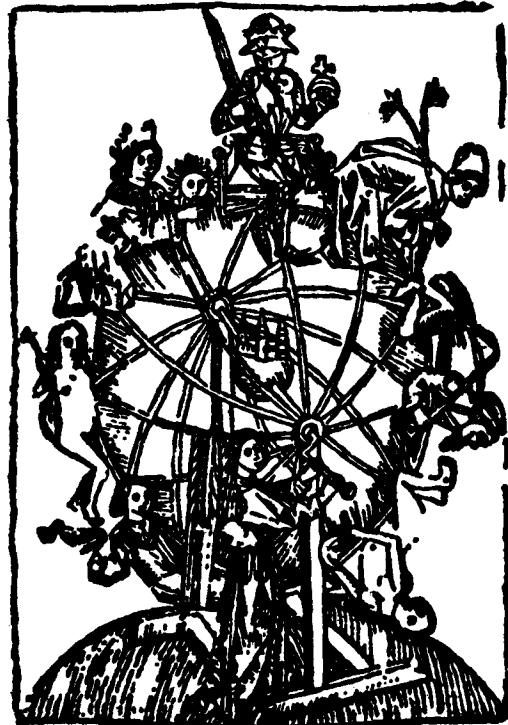
Viejo lector de Fredo Arias de la Canal, le confieso mi ciega confianza en su ciencia. Y el que sea en lengua castellana este su Análisis gigantesco, es ya otro motivo para felicitarlo: todas nuestras Academias, las de América hispanoparlante como las de la Madre España, deben echar a vuelo sus campanas de bronce y de oro. Ya alzamos la voz allí en donde sólo la alzaban el inglés, el francés y el alemán. (Ya era tiempo, Fredo!)

Eduardo Avilés Ramírez.



«El poeta es el hombre. Y todo intento de separar al poeta del hombre ha resultado siempre fallido. Por eso sentimos tantas veces como que tentamos a través de la poesía del poeta algo de la carne mortal del hombre. Y espiamos, aun sin quererlo, aun sin pensar en ello, el latido humano que la ha hecho posible; en este poder de comunicación está el secreto de la poesía que, cada vez estamos más seguros de ello, no consiste tanto en ofrecer belleza cuanto en alcanzar propagación, comunicación profunda del alma de los hombres.»

VICENTE ALEIXANDRE



Patrocinadores:

ORIENTAL MICHOACANA, S. de R. L.

TEXTILES INDUSTRIALES, S. A.

EL PINO, S. A.

CIA. INDUSTRIAL MEXICO, S. A.

HILADOS SELECTOS, S. A.

IMPRESOS REFORMA, S. A.

LA MARINA, S. A.

LAMINAS ACANALADAS INFINITA, S. A.

REDES, S. A.

RESINAS SINTETICAS, S. A.

RESTAURANTE JENA

